

La Ilustración

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Artística

Año XIV

BARCELONA 25 DE MARZO DE 1895

Núm. 691



¡DIOS LES ASISTA!, cuadro de Arturo Faldi, grabado por Mancastropa

SUMARIO

Texto. — *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. — *Semblanza. Nicolás María Rivero*, por F. Moreno Godino. — *La isla de Mindanao y las actuales operaciones de campaña*, por Francisco Barado. — *Roque-Rey*, por P. Gómez Candela. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *La Cabellera de Magdalena* (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** Varios. — **Libros.**
Grabados. — *Dios les asista!*, cuadro de A. Faldí. — *Nicolás María Rivero.* — *El general de brigada D. Julián González Parrado.* — *Mapa de la isla de Mindanao.* — *El abrevadero de la feria*, cuadro de M. Barbasán. — *Guerra chino-japonesa. Desembarco de los japoneses.* — *Artista callejera*, cuadro de Sichel. — *¡Otra copita!*, cuadro de A. Lesrel. — *El crucero «Reina Regente.»* — *El general de división D. José Lachambre y Domínguez.* — Figs. 1 y 2. *Clepsidra misteriosa.* — Aparato neumático para labrar las piedras. — *El recuerdo del ausente*, cuadro de G. G. Kilburne.

CRÓNICA DE ARTE

El día 1.º del próximo mes de abril comenzará a correr el plazo de admisión de las obras que hayan de figurar en la próxima Exposición nacional de Bellas Artes. Cuando terminará ese plazo, es cosa que, aun cuando la *Gaceta* ha dicho que el día 12 del mismo mes, no puede saber nadie: dependerá de los mismos artistas.

Porque, en eso sí, no pueden dejar de ser españoles. Y aun cuando en la ocasión presente no esté de parte de aquéllos toda la culpa del retraso que pueda sufrir la apertura del certamen, sin embargo, es cosa corriente entre pintores y escultores de acá de los Pirineos dejar la labor para las últimas semanas que preceden inmediatamente a la apertura de las Exposiciones. Ya, de un modo indirecto y desde un periódico madrileño, piden nuestros artistas la consabida prórroga. Por esta vez, sería «materialmente» una falta de equidad por parte del ministerio de Fomento que no se les concediese la ampliación del plazo destinado a admitir las obras. Y digo *materialmente* porque todos los artistas sabían hace bastantes meses que se celebraría la Exposición.

Muchos y muy diversos son los juicios que se emiten ya acerca de la importancia que pueda tener el certamen artístico de mayo. Quiénes afirman que la tendrá excepcional, quiénes que será uno de los más flojos. Verdaderamente, tal es la fluctuación en que viven los artistas respecto de los rumbos que al arte se le indican hoy por las ciencias, así morales como físicas, así por las ideas sociales como por las que reaccionan en un sentido exaltadamente místico.

Y a juzgar por las noticias hasta mí llegadas, el género místico, así el de carácter religioso como el artístico puramente, tendrá gran representación en el próximo concurso. Entre los asuntos de los cuales se habla con encomio y que pertenecen al género citado, figurarán un «Episodio de la vida de San Isidoro», de Garnelo; «La muerte de la Virgen», de Palomo y Anaya; «Gesta del mal ladrón», de Fernández Copeillo; una escena del «Nuevo Testamento», de Vidal; el celebrado medio relieve de Querol «San Francisco curando a los leprosos»; «Santa Eulalia», de Palencia, y así otros que no recuerdo; del género místico-socialista, al tenor de las doctrinas de los Tolstoi y secuaces, se expondrán «Miseria de levita», de Stuyck; «Malaventura», de Salces; «Último sueño de una virgen», de Villegas Brieve.

No menciono más. Tengo por cierto que el misticismo religioso no encuentra ambiente en que desarrollarse. A cualquier parte adonde dirija sus ojos el artista que pretenda cultivar el género pictórico, encontrará realidades demasiado grandes, problemas sociales en solución, más grandes todavía: el positivismo, en fin, amasando las ideas con las necesidades, sean éstas cualesquiera que sean, pertenezcan a la vida material ó a la del espíritu. He aquí por qué el género místico-religioso puramente dogmático, exclusivamente teológico, no puede realizarse hoy. El carácter impreso por ese positivismo de que hablo al arte religioso, lo diferencia totalmente del de ayer. La intensidad del pensamiento moderno aumenta en relación a la intensidad de las necesidades morales y materiales de las sociedades que hoy viven. El conocimiento de un problema social implica el presentimiento de otro derivado. Nunca como al presente ha necesitado el hombre — y por el hombre entiéndase la humanidad — remontar el vuelo de su imaginación, de su inteligencia, para ir al encuentro de las verdades que del núcleo de las doctrinas emitidas por los pensadores de las pasadas y presentes edades, van surgiendo con irregulares intervalos, como del espacio sin medida donde los astros giran se desprenden esos fragmentos de materias desconocidas que nos revelan otros mundos y otros organismos y otros seres. No en vano Cristo expuso una doctrina; no en vano Aristóteles nos traza un sistema de investigación, al ahondar en los hechos contingentes para deducir todo un

infinito tangible; no en vano el esfuerzo del pensamiento, impulsado por la voluntad y ésta por la fuerza de lo necesario mediato ó inmediato, al indicarnos el progreso mayor nos indica también que las necesidades del yo físico y del yo psíquico son más complejas y no menos imprescindibles.

Por eso, con arreglo al elevado nivel que han alcanzado nuestros deseos y nuestras aspiraciones, no puede responder el arte que produjeron sociedades cuyos horizontes, en todo orden de ideas, eran mucho más limitados que los de las generaciones de estos últimos años del siglo XIX. Ayer se contentaba el hombre con la galera ó el carromato para trasladarse de un lado a otro, hoy no puede prescindir de la velocidad vertiginosa del vapor. La vida era ayer simple, hoy es compleja, múltiple; por lo tanto las necesidades son también complejas y múltiples. Y a tenor de esta gradación ascendente, va ascendiendo el pensamiento, y el sentimiento adquiere modulaciones de intensidad infinita.

A ese estado intelectual, hijo — mejor dicho, — generador del positivismo, responde el movimiento místico-filosófico del arte. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en el número correspondiente al día 4 del actual mes de marzo, al publicar algunos de los cartones del semi-ruso Schneider, viene a probar palmariamente cuán cierto es lo que vengo diciendo ha bastante tiempo y como ahora en estas mismas columnas respecto de la equivocación que sufren los artistas que buscan en el arte puramente religioso, ó en el que interpreta doctrinas de carácter puramente teológico motivos para cuadros ó estatuas. Schneider, como Miguel Ángel, no hacen de Cristo el Cristo cuya divina voluntad no puede ser apreciada por la humana conciencia, y por lo tanto aparece caprichosamente, ya justiciero, ya vengador, ya infinito de bondad. No; Schneider, como el gran florentino, sintetizan en Cristo la humanidad con sus aspiraciones eternas hacia lo perfecto. He aquí por qué creo que si domina en la próxima exposición el género religioso, ha de ser aquel certamen un certamen donde se hallen en completo divorcio el artista y el pensador.

Verdaderamente que, como ya he dicho hace poco tiempo, no se advierte, cual otras veces en análogas ocasiones, movimiento grande en los talleres de los artistas, especialmente en los de aquellos que forman en primera y en segunda fila. De Domínguez, de Ferrant, de Muñoz Degrain, de otros que miden la talla de éstos, no sé que piensen en exhibir, si acaso, más que retratos. Sin embargo, de la cuenta hay que separar a Moreno Carbonero, quien está terminando un cuadro (un asunto inspirado en *Don Quijote*) que, según dicen los que han visto aquella obra del autor de *Gil Blas* y tantos otros lienzos del mundo del arte conocidos y alabados, es una maravilla. También Cutanda llevará una nota verdaderamente dramática a la Exposición si tiene tiempo para terminarla.

He hablado de que se exhibirán retratos; a juzgar por los anuncios ascenderán a noventa ó cien los que figuren en el próximo certamen. Sorolla exhibirá varios; Martínez Cubells, si no mienten las crónicas, treinta; un artista nuevo, pero que se está poniendo en moda entre la aristocracia, pues pasan de ochenta los retratos que tiene encargados, casi todos de damas, expondrá varios, y así otros pintores.

Hasta ahora los nombres de artistas que tengo apuntados y que se disponen a ir a la lucha, son de desconocidos. Juventud que llega llena la mente de esperanzas, de ardimientos. Yo no sé qué pensar acerca de esta avalancha diaria de pintores y escultores que cada día viene a invadir el campo del arte con el ímpetu de los primeros años. Realmente, cada hora que pasa hace más difícil y espinoso el cultivo de aquella entidad. El pensamiento humano vuela con la velocidad del rayo, descubriendo horizontes nuevos y por lo tanto desconocidos. El arte no puede supeditarse ya a la reproducción de la naturaleza ni a expresar un pensamiento cuyo valor no tenga una importancia reconocida dentro de las aspiraciones del espíritu moderno. La equivocación terrible que padece el artista latino, y especialmente el español, es creer en que la misión del arte está en reproducir de un modo fiel la naturaleza, sin preocuparse de otra cosa. Y precisamente hoy, lo que nuestros artistas toman como finalidad, no es sino el medio para expresar otras bellezas que no pertenecen a la plástica. Pero tamaña equivocación en nosotros los españoles procede de no habernos preocupado jamás en estudiar a fondo ningún problema, sea de la clase que sea, ni mucho menos inquirir las causas de los hechos. Aceptamos éstos, como podemos aceptar un vaso de agua cuando tenemos sed, sin que se nos ocurra preguntar de dónde procede el agua, ni si el estómago lo tenemos en aquel instante en disposición de soportar el transparente y cristalino elemento.

Porque aquí, el artista, con especialidad el pintor, ha mirado a Velázquez, y en el autor de las *Meninas* la verdad plástica en que es colosal maestro; y ya no piensa más. Para él, Velázquez es todo. Y Velázquez no es todo, ni mucho menos. Velázquez es un pintor de hoy, que pinta la verdad de un modo prodigioso. Velázquez es el genio que supo desligarse de las ideas de su tiempo, dejando a un lado el ambiente místico-dramático en que vivían sus colegas, para pintar hombres física y moralmente. Velázquez es el genio que va derechamente a ilusionarnos con la reproducción de lo que nos rodea, pero Velázquez no hace más; es menester ser sinceros, es menester que seamos justos, es menester que no nos engañemos: entre Velázquez reproduciendo lo que ve, y Rafael, Miguel Ángel, Vinci ó el Ticiano, no hay duda, Velázquez es el que más se acerca a la verdad; pero Velázquez queda obscurecido, olvidado — no lo duden los artistas — ante *La Escuela de Atenas*, ante el *Juicio Final*. Decía Diderot que la obra de esos colosales sintetiza el pensamiento humano en todos los aspectos de los grandes ideales y de las grandes realidades y de los grandes problemas.

Si el objeto del arte fuese reproducir lo que nos rodea, sin cuidarse de escoger una idea, el arte moriría prontamente.

A Vicente Cutanda le ha salido un competidor de su cuadro *La huelga*. Munckasi está terminando, si no lo ha terminado ya, un cuadro que tiene por motivo el mismo asunto. Y lo más notable es que en el cuadro del célebre autor de *Milton dictando a sus hijos el Paraíso Perdido*, la escena está compuesta de un modo análogo al de Cutanda. Como en el de este pintor, en el cuadro de Munckasi: hay un obrero que, subido en la plataforma de un vagón, dirige la palabra a sus compañeros, quienes, en actitudes más ó menos fieras, pitan, imprecán ó le escuchan. El lugar de la escena también es el fondo de una fábrica.

En París acaba de morir uno de los predecesores de Neuville y de Detaille que más alto colocaron la pintura del género militar. Llámase Armando Dumaresq. Pintor afamado en ocasión del segundo imperio, hacía tiempo que abandonara los pinceles, pues su hora había pasado. La luz abierta, el realismo fotográfico de los que le sucedieron, con otras condiciones del momento (que a su vez han pasado también), obligaron a Dumaresq a abandonar la lucha del arte.

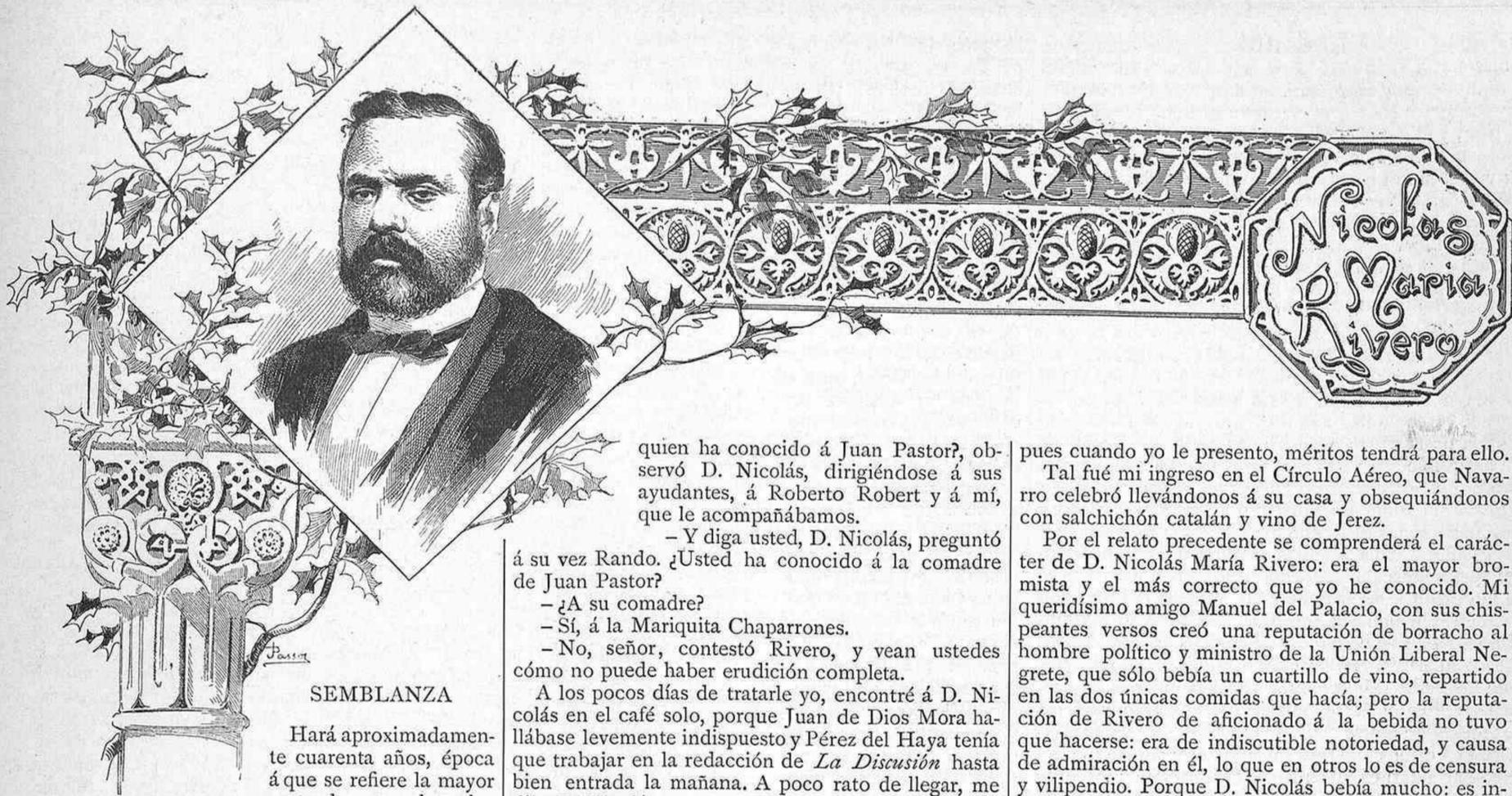
Sin embargo, Dumaresq era un esclavo de la verdad. Para «componer» los asuntos de un cuadro siguió a las guerras en Argel y en Italia, al ejército francés, y allí como testigo de vista y en medio del campo de batalla tomaba sus impresiones y hacía sus estudios. De este pintor existe en el Museo de Versalles una colección de acuarelas, que le fueron encargadas por el emperador Napoleón, que no tienen más valor que el de datos de indumentaria militar. Su última obra, hecha cuando el sitio de París, es una escena de guerra, tomada del natural cerca de Champigny.

Actualmente se están celebrando en la capital de Francia varias exposiciones llamadas por la prensa *Petits salons*, de acuarelas, de cuadros, esculturas, de pintoras, de aguas fuertes y de dibujos. El salón de las *pintoras* es, según nos cuentan los críticos, bastante malo. Salvo tres ó cuatro telas, donde las flores y las frutas aparecen como motivo principal, el resto es insoportable. La exposición de dibujos, titulada *La Pluma*, é instalada en la calle de Bonaparte, si no muy numerosa en obra, tiene cierta importancia por las firmas que en ella figuran. A este «saloncito» asisten Puvis de Chavannes, Rodin, Chérét, Grasset, Charpentier, Groux y otros de segunda fila.

Y vayan las dos últimas noticias. En el mes de junio próximo, después que haya pasado el calor de los salones de los Campos Elíseos y del de Marte, se organizará, por inspiración de parte de la crítica parisiense, una exposición de las obras del paisajista Corot. Lo que se recaude se destina al monumento que a este pintor, uno de los más sinceros y delicados intérpretes de las tintas del alba y del anochecer, le erigirán en su país.

A varios pintores ingleses, entre los que recuerdo a Salomón, Alma Tadema y Leython, les acaba de otorgar la universidad de Oxford, por sus escritos sobre crítica artística, filosofía é historia, la borla de doctor en filosofía. ¿Cómo se las compondrán esos célebres pintores para pintar, estudiar y escribir? Porque, según me dicen cuantos artistas conozco, no les es posible (a los que me dicen esto) leer ni la más pequeña de las gacetillas de cualquier periódico.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

Hará aproximadamente cuarenta años, época á que se refiere la mayor parte de este relato, los

trasmochadores de Madrid apenas tenían sitios honestos donde guarecerse de la intemperie, porque entonces no había más que el casino de la Carrera de San Jerónimo, el café de la Perla situado en las Cuatro Calles, el del Gato en la calle del mismo nombre, y otro en la de la Gorguera (ahora de Núñez de Arce). Estas tres localidades, pues no incluyo el casino de Madrid reservado para los socios, algunas tabernas á puerta cerrada y varias buñolerías eran los únicos establecimientos públicos que funcionaban á altas horas de la noche ó madrugada. Por esta causa imperaba en el trasmochado un completo socialismo, puesto que á veces se reunían en un mismo local personas de todas clases, desde las más encopetadas á las más humildes. Había también entonces casas de juego y otras pecaminosas, sólo aprovechables para los trasmochadores viciosos, y no al alcance de todas las fortunas.

D. Nicolás María Rivero, que era trasmochador, concurría casi todas las noches al susodicho café de la Perla, acompañado de sus dos ayudantes nocturnos, el novelista Juan de Dios Mora y un periodista llamado Pérez del Haya. En el café de la Perla conocí y fuí presentado á D. Nicolás, el cual no bien cambiamos los primeros saludos me hizo la siguiente pregunta, extraña para mí entonces:

— Y diga usted, amigo, ¿usted ha conocido á Juan Pastor?

— No, señor, contesté yo, pero es nombre que me huele á torero.

— ¡Qué desgracia!, dijo D. Nicolás. ¡Nadie ha conocido á Juan Pastor!

Juan de Dios Mora me explicó después que esta pregunta constituía una especie de broma, *quedo* ó *muletilla* del célebre hombre político y orador, que no se limitaba á hacerla en sus actos de expansión privada, sino que también en los públicos y casi oficiales, como sucedió cuando estuvo en Barcelona en el apogeo de su popularidad, que se la hizo al presidente de la Diputación provincial, dejándole contristado y preocupado por no saber contestarla. Pero D. Nicolás, queriendo una noche *quedarse* con un D. Juan Rando, vidvidor andaluz y coronel retirado, que entonces pululaba por Madrid, encontré con la horma de su zapato.

— ¿Supongo, amigo, que usted habrá conocido á Juan Pastor?, le preguntó.

— ¿Al torero?

— Sí, señor, al torero.

— ¡Pues no he de haberle conocido!, dijo Rando en el tono más natural del mundo. El año de 1843 vivía yo en el piso principal de una casa de la calle del Ave María, señalada con el número 14, y tenía por vecino en el segundo al diestro Juan Pastor. Con este motivo le conocí y traté mucho, así como también á su familia, que la constituían Concha su mujer, Asunción su cuñada, y Paquito, Dolores y Bernardina, sus tres hijos. ¡Vaya si le he conocido! ¡Le tengo dados más cigarros!..

— ¿Ven ustedes cómo no es broma mía y que hay

quien ha conocido á Juan Pastor?, observó D. Nicolás, dirigiéndose á sus ayudantes, á Roberto Robert y á mí, que le acompañábamos.

— Y diga usted, D. Nicolás, preguntó á su vez Rando. ¿Usted ha conocido á la comadre de Juan Pastor?

— ¿A su comadre?

— Sí, á la Mariquita Chaparrones.

— No, señor, contestó Rivero, y vean ustedes cómo no puede haber erudición completa.

A los pocos días de tratarle yo, encontré á D. Nicolás en el café solo, porque Juan de Dios Mora hallábase levemente indispuerto y Pérez del Haya tenía que trabajar en la redacción de *La Discusión* hasta bien entrada la mañana. A poco rato de llegar, me dijo D. Nicolás:

— Quiero que sea usted socio del Círculo Aéreo, pues lo merece, y esta misma noche voy á presentarle á usted.

— Pero D. Nicolás, repliqué yo, que nunca había oído hablar de semejante círculo, advierto á usted que en este momento histórico no estoy para ser presentado en parte alguna; en primer lugar porque supongo que habrá cuota de entrada...

— Ninguna, interrumpió Rivero; es una sociedad recreativa, modesta y generosa, que vive del aire, como lo indica su nombre.

— Además, no estoy en traje...

— Allí se admiten todos, con tal que no falten descaradamente á la decencia.

— Sin embargo...

— Nada, nada; no hay subterfugios que valgan: desde esta noche será usted socio del Círculo Aéreo: el círculo es digno de usted, y á usted le vendrá pintiparado.

— ¿Y dónde está?..

— No admito interrogaciones. Quiero que goce usted del placer de la sorpresa.

Conocía el carácter de D. Nicolás y no insistí.

Un rato después salimos del café, seguimos la Carrera de San Jerónimo, y por la Puerta del Sol embocamos la calle de la Montera, por la acera de la derecha. Un poco más arriba de la calle de la Aduana había un corro de cuatro hombres, dos metidos en el quicio de una puerta cerrada y los otros dos en la acera. Paróse allí D. Nicolás, saludó á los del corro, que le recibieron con suma complacencia, y dirigiéndose á mí dijo:

— He aquí, amigo mío, el Círculo Aéreo, llamado así, no porque esté en el aire, sino al aire. Sus socios han tenido la bondad de nombrarme presidente honorario; pero el efectivo es el Sr. Mollinedo, aquí presente, quien á pesar de su alto cargo en la dirección de Correos, aún tiene tiempo de ocuparse del fomento de este círculo, manteniendo en él el fuego sagrado, ó mejor dicho, la escarcha.

Uno de los dos sujetos que ocupaban el quicio de la puerta, y que era un buen mozo, muy simpático, se inclinó cómicamente.

Rivero prosiguió diciendo:

— Esta noche serán fáciles las presentaciones, puesto que el círculo está poco concurrido, tal vez por ser temprano — eran cerca de las tres de la mañana. — El Sr. Navarro, diamantista de S. M. C. la reina de España y notable en el acordeón... — Un caballero que estaba junto á Mollinedo, también muy buen mozo y sumamente elegante, inclinóse á su vez. — En cuanto á estos dos señores, que cumplen mejor los estatutos de la sociedad, puesto que están más á la intemperie — repuso D. Nicolás, — son D. Timoteo España, que durante la noche siente horror hacia su catre de tijera, y D. Roberto Robert, escritor recién venido á Madrid, el cual si no se le tuerce el carro llegará á morir de hambre, como tantos otros. Y ahora, señores, sólo me resta suplicar á ustedes que admitan por compañero y socio á este buen amigo... (por mí),

pues cuando yo le presento, méritos tendrá para ello. Tal fué mi ingreso en el Círculo Aéreo, que Navarro celebró llevándonos á su casa y obsequiándonos con salchichón catalán y vino de Jerez.

Por el relato precedente se comprenderá el carácter de D. Nicolás María Rivero: era el mayor bromista y el más correcto que yo he conocido. Mi queridísimo amigo Manuel del Palacio, con sus chispeantes versos creó una reputación de borracho al hombre político y ministro de la Unión Liberal Negrete, que sólo bebía un cuartillo de vino, repartido en las dos únicas comidas que hacía; pero la reputación de Rivero de aficionado á la bebida no tuvo que hacerse: era de indiscutible notoriedad, y causa de admiración en él, lo que en otros lo es de censura y vilipendio. Porque D. Nicolás bebía mucho: es indudable y yo lo he visto; pero si se achispaba, sería por dentro; pues bebiendo ó sin beber, nunca, que yo sepa, faltó á las conveniencias sociales. Rivero, y permítaseme la comparación, era como el camello, que sabe la carga que puede sobrellevar, y por eso en sus libaciones no se extralimitaba nunca de las que podía resistir. Su chispa material se concatenaba con la de su viva imaginación, y sólo se revelaba aquélla en algo más de locuacidad que en el estado normal. Tenía genialidades y arranques impetuosos en la vida pública política; pero fuera de ésta, en su trato y en sus expansiones no ha habido hombre más sociable y correcto. Por su índole y costumbres se rozaba frecuentemente con todas las clases sociales, y á todas les era simpático por sus prendas de franqueza é ingenio. Así se explica su popularidad: otros hombres políticos de tanta valía como él han sido discutidos: él nunca: cuando ocupaba un alto puesto, ni amigos ni adversarios dudaban de su capacidad y rectas intenciones. Era atractivo en su conversación, la adaptaba á sus oyentes, y en sus excursiones nocturnas tenía contrastes deliciosos. La gente del pueblo le buscaba para oírle hablar, pues él era asequible á todos, y le oía con respetuoso regocijo; porque Rivero poseía el difícil don de ser familiar y respetado. Había observado mucho las costumbres populares andaluzas, y las describía con admirable relieve y gracejo; y sucedía á veces que estando hablando, por ejemplo, de una boda de gitanos, llegaban á su corro algún hombre político de talla ó poeta ó literato (cosa frecuente en la época á que me refiero), y entonces D. Nicolás, alzando el coloquio, le elevaba á disquisiciones profundas y verdaderas. Exceptuando estas ocasiones, su lenguaje era llano, pintoresco y *guasón*. Marcaba las fechas en broma, y decía, por ejemplo: «Cuando Navarro, montó la corona de la reina Isabel, y se le extravió un diamante,» ó «cuando Félix Bona, *secundum* su hermano el cojo, con tres folletes derrocó la dinastía de Luis Felipe,» ó «cuando Miralpeix dejó un presente á los soldados que tomaron la barricada que defendía.» Esto último necesita explicación: Miralpeix era un patriota catalán que se batía en todas las barricadas que se alzaban contra el gobierno del general Narváez; y estando en una, levantada en la Carrera de San Jerónimo, antes de retirarse forzado por la tropa, dejó en aquélla una cosa que no puede mencionarse.

Otro caso raro en Rivero: aunque andaluz y aficionado á *excitarse*, no era embustero ni siquiera exagerador; por cuya razón me chocó mucho una aventura suya que me contó, por parecerme inverosímil á todas luces: hela aquí: En su primera juventud, soltero y antes de establecerse definitivamente en Madrid, D. Nicolás hizo dos ó tres excursiones á la villa y corte. En una de ellas se enamoró de una joven, hija de un cerero de la calle de Toledo; se arregló con ella, y entraba todas las noches en su casa por el siguiente procedimiento: A altas horas, cuando la familia del cerero estaba recogida, la resuelta joven y su criada (que era cómplice) descolgaban á la calle por medio de una maroma un cajón de los de guar-

dar cirios: metfáse en él Rivero, y ellas tirando, le subían hasta el balcón; pero sucedió que una noche estando en esta ascensión, las forzudas jóvenes fueron sorprendidas por el cerero; aturdiéronse, dejaron de tirar, y el galán aéreo cayó al suelo, sin sufrir afortunadamente más percance que un tremendo batacazo; y eso que el balcón estaba en un piso segundo. Me contó D. Nicolás la aventura con tal convicción y seriedad, que yo no me atreví a decirle que este sucedido se parecía mucho al de Manolito Gázquez, cuando con el hilo de baba que se le caía, enganchó a un hombre y le subió a lo alto de la Giralda de Sevilla.

Desde el café de la Perla, solía Rivero ir a la cocinilla del casino de Madrid, situada en la calle de Arlabán y abierta al público toda la noche, y allí pasaba la última etapa de su trasnocheo. Se servía bien en la cocinilla, aunque caro, lo cual era una ventaja hasta cierto punto, pues por esta causa no era asequible a los trasnochadores de baja estofa. En este *restaurant* nocturno conocí yo al duque de San Lorenzo, al conde de Torrejón, a Tónico Castellá y a otras personas distinguidas: era como una sucursal del casino, y tenía además el aliciente de que algunas veces presentábanse allí trasnochadoras. Como en la cocinilla se resumían las noticias del día, don Nicolás, a instancias nuestras, nos daba su opinión respecto a los sucesos de actualidad, y rara vez se equivocaba. Allí nos predijo el fin del bienio progresista, las fases más salientes de las campañas de Crimea y Africa y la revolución de septiembre. A los dos meses de entrar D. Amadeo de Saboya en Madrid, nos dijo: «Ese rey, sin nobleza y sin pueblo, no puede arraigar: es una planta exótica, sin ambiente arriba y sin tiesto abajo.» De la república decía que era una joven inexperta, que aburrída de sus adoradores les dejaría plantados, como la Marcela de Bretón de los Herreros a sus pretendientes. Posteriormente, cuatro ó cinco meses después de la restauración encontré una tarde a Rivero en el café de la Iberia en compañía de Cristino Martos. Ambos hombres políticos disputaban: Martos apostaba a que el primer ministro de D. Alfonso sería el primero y el último; Rivero replicó: «No quiero ganar a usted la apuesta, porque ya hay rey para rato;» y era que don Nicolás, no obstante ser hondamente liberal, no se hallaba nunca perturbado por la pasión política: su clara inteligencia se sobreponía a sus aspiraciones, cuando no eran factibles, como el sol a las nubes. Era un notable hombre de gobierno, y su primera cualidad la energía y la previsión. Fué alcalde de Madrid a raíz de la revolución, y si bien con alguna merma del erario público, evitó excesos populares, proporcionando distracción y sustento a millares de trabajadores, y decía a propósito de éstos: «Les he puesto el acial.» Fué ministro de la Gobernación y casi limpió a España de bandolerismo. A veces era algo violento de procedimiento, por lo cual no faltó quien le llamara el Narváez de la democracia.

Rivero, además de su afición al trasnocheo, a las libaciones y a la chanza, tenía otro saliente: era dado a hacer monólogos, y los hacía casi siempre que estaba solo. «El monólogo — decía — está en la naturaleza; la palabra interior escuce: arengar al espacio es abrirse una fuente. Hablar en alta voz y solo es como seguir un diálogo con el dios que lleva uno dentro de sí mismo, y poseer la facultad hermafrodita de servirse a sí propio de auditorio: las ideas propias se sienten mejor oyéndolas.» Alguna vez ponía apodosos siempre exactos y nunca ofensivos: al revolucionario Sixto Cámara, que era blanco y muy rubio, le llamaba *Febo Tangible*; así fué que cuando tuvo noticia de su muerte, producida por una insolación, después de lamentarla, añadió: «Febo ha matado a Febo.»

Rivero era aficionado a la milicia y le gustaba describir batallas y sitios de ciudades y fortalezas. Tenía pensado escribir una obra titulada *Táctica militar antigua y moderna*, detallando desde la formación en cuneo ó cuña de las huestes y alas, hasta la vencedora estrategia de Napoleón I; pero no se decidía a escribirla, diciendo a este propósito nunca llevado a cabo: «¿Cómo he de describir horrores y desafueros, cuando deseo paz a los hombres de buena voluntad, y que todos lo sean?» En estas descripciones belicosas marcóse más que en nada su decadencia: hacías en sus buenos tiempos con una claridad, precisión y colorido que encantaban; y cuando en su vejez, no trasnochando ya, concurría a primera hora de la noche a la penúltima pieza del café Suizo, había dejado de ser el brillante y fácil narrador, repitiéndose y haciéndose un lío. Era devoto de las mujeres: disculpaba sus extravíos y ensalzaba sus cualidades. A propósito de ellas comentaba el *Génesis*. «Dios — decía — creó el universo, y como autor cuidadoso revisó su obra. Al llegar al hombre y al ratón, observó que aquél estaba triste y fargallón, y que éste roía

las raíces de las plantas del Paraíso. «¡Calla! — exclamó el Creador. — ¡Pues he cometido dos tontorías!» y las enmendó haciendo nacer a la mujer y al gato.»

Pues bien: ¡cosa notable en Rivero!, estando en buena edad, realizada su agradable figura con el prestigio de su popularidad, que hacía blanco de *avances* femeniles, rodeado en su vida nocturna de todos los vicios, nunca incurría en ninguno, excepto el de la bebida, que en él no lo era. «¿No juega usted, D. Nicolás?» — le preguntaban a veces. — «Jamás, ni a la brisca; — contestaba, — pero tengo hecha mi reputación, sin costarme un cuarto: como en mi vecindad saben que me retiro a las cuatro ó cinco de la mañana, no suponen que salgo de hacer penitencia de insomnio en la bóveda de San Ginés, sino de tirar de la oreja a Jorge.» Yo no traté a Rivero en la vida doméstica, pero tengo para mí que debió ser ejemplarísimo padre de familia. Sobrevino la restauración, prevista por él, como otros muchos acontecimientos, y se arrinconó: no quiso como algunos locos *hinchar el perro*, es decir, mezclarse en conspiraciones y algaradas de imposible realización. La vejez debilitó sus facultades intelectuales. Cada vez se retraía más de hablar de política, como si sintiera pesadumbre por no ver realizados sus ideales democráticos, ó remordimiento por haberlos propalado. Como buen andaluz injerto en madrileño, siempre fué

aficionado a los toros, y últimamente acreció su afición a las corridas de novillos. Olvidó su muletilla de Juan Pastor, el torero, y sin saber por qué, la sustituyó con la de Bona, el cojo, ya mencionado. Era éste un escritor de economía política, de no vulgares conocimientos, que tenía hábito de faltar a la verdad y que andaba ayudándose de dos fuertes y ruidosas muletas. Cuando alguno ponía en duda lo que oía a D. Nicolás, decíale éste: «¡Se lo juro a usted por Bona el cojo, y cuenta que este juramento es más solemne para mí que lo era el de la laguna Estigia para los dioses!» A veces resonaba en el café Suizo un golpe lejano: un deseo de asonada exclamaba: «¡Un tiro!» pero Rivero le replicaba: «No, es que se le ha caído una muleta a Bona.» Unos cuantos días le dió por decir que los Bonas (eran tres hermanos) habían celebrado consejo de familia, habiendo determinado, como economistas que eran, suprimir las muletas del hermano cojo, de cuyas resultas éste andaba a gatas.

Tal fué D. Nicolás María Rivero. Valía más que su reputación, y la tenía grande. Pudo ser envidiado cuando ocupó altos puestos; pero muerto, no puede haber nadie que le haya tratado que no conserve de él grata memoria.

F. MORENO GODINO

LA ISLA DE MINDANAO

Y LAS ACTUALES OPERACIONES DE CAMPAÑA

Para el perfecto conocimiento de las operaciones de campaña en la isla de Mindanao, operaciones cuyo principal objeto es llevar nuestras armas al corazón de dicha isla y hacer efectivo nuestro dominio sobre los moros rebeldes de la laguna de Lanao, importa conocer algunos datos relativos a tan magnífica posesión, datos en su mayor parte recientes y que



EL EXCMO. SR. GENERAL DE BRIGADA D. JULIÁN GONZÁLEZ PARRADO, general en jefe del ejército de operaciones en Mindanao

por sí solos constituyen un interesantísimo estudio histórico-geográfico. Estos los completaremos con una idea ligera de la campaña, lo suficiente para que el lector se forme sin fatiga ni esfuerzo idea clara de nuestra situación y de nuestra política en aquellas remotas tierras, capítulo este muy poco conocido por desgracia entre los de nuestra historia colonial y que bien merece alguna atención por parte de cuantos no miren con indiferencia el porvenir de nuestra patria.

Mindanao es después de Luzón la mayor isla del Archipiélago Filipino. Forma parte de las islas volcánicas que se extienden desde las Curiles y forman el Japón, las Filipinas, las Molucas hasta Nueva Guinea, y es de figura irregular, semejando un triángulo isósceles. Según la *Memoria* publicada el próximo pasado año por el general González Parrado, a que más de una vez tendremos que referirnos por tratarse del trabajo más reciente que conocemos, comprende con sus islas inmediatas una superficie de 94.000 kilómetros, midiendo sus líneas de mayor extensión 470 de Norte a Sur y 490 de Este a Oeste. (Portugal no mide más de 92.575 kilómetros cuadrados, de suerte que comparados superficialmente éste con aquella, tiene Mindanao cerca de dos mil unidades más que la parte peninsular del vecino reino.) Cinco bahías magníficas que pueden apreciarse en el adjunto mapa; cuatro grandes cordilleras, de que se derivan algunas más y en una de las cuales, la central, se abre el volcán Apo a 3.343 metros de altura; tres ríos principales, de los cuales el *Pulangui* ó río Grande cuenta 483 kilómetros de curso y más de 60 navegables; cinco lagunas, entre ellas la de Lanao, cuya superficie alcanza a 450 kilómetros cuadrados, y un suelo fértil, cubierto de espesísimos bosques y que encierra una verdadera riqueza mineral, todavía por explotar, testifican la magnitud, hermosura é importancia de esta isla, cuyo dominio no hemos hecho totalmente efectivo.

Los datos concernientes a la población no son

tan seguros. Según los jesuitas, en 1883 ascendían á 194.314 los indios cristianos visayas y zamboanguenos, á 300.000 los indios montaraces y á 350.000 los moros. Y esta variedad de población, esta heterogeneidad de tribus y familia, derramadas en una isla tan quebrada y tan poco poblada con relación á su superficie (nueve habitantes por kilómetro cuadrado), no contribuye menos que los obstáculos que ofrece la topografía de aquel suelo á dificultar toda operación conducente al dominio efectivo de España. Se comprende por estas razones, no menos que por la incuria de nuestros gobiernos, que hayan pasado largos años sin que se intentara una empresa seria y de algún alcance. Con efecto: desde que en 1593 se ocupó el puerto de la Caldera al Sur de Mindanao, construyendo allí una fortaleza y tomando posesión efectiva de aquella isla, van transcurridos la friolera de cuatrocientos años.

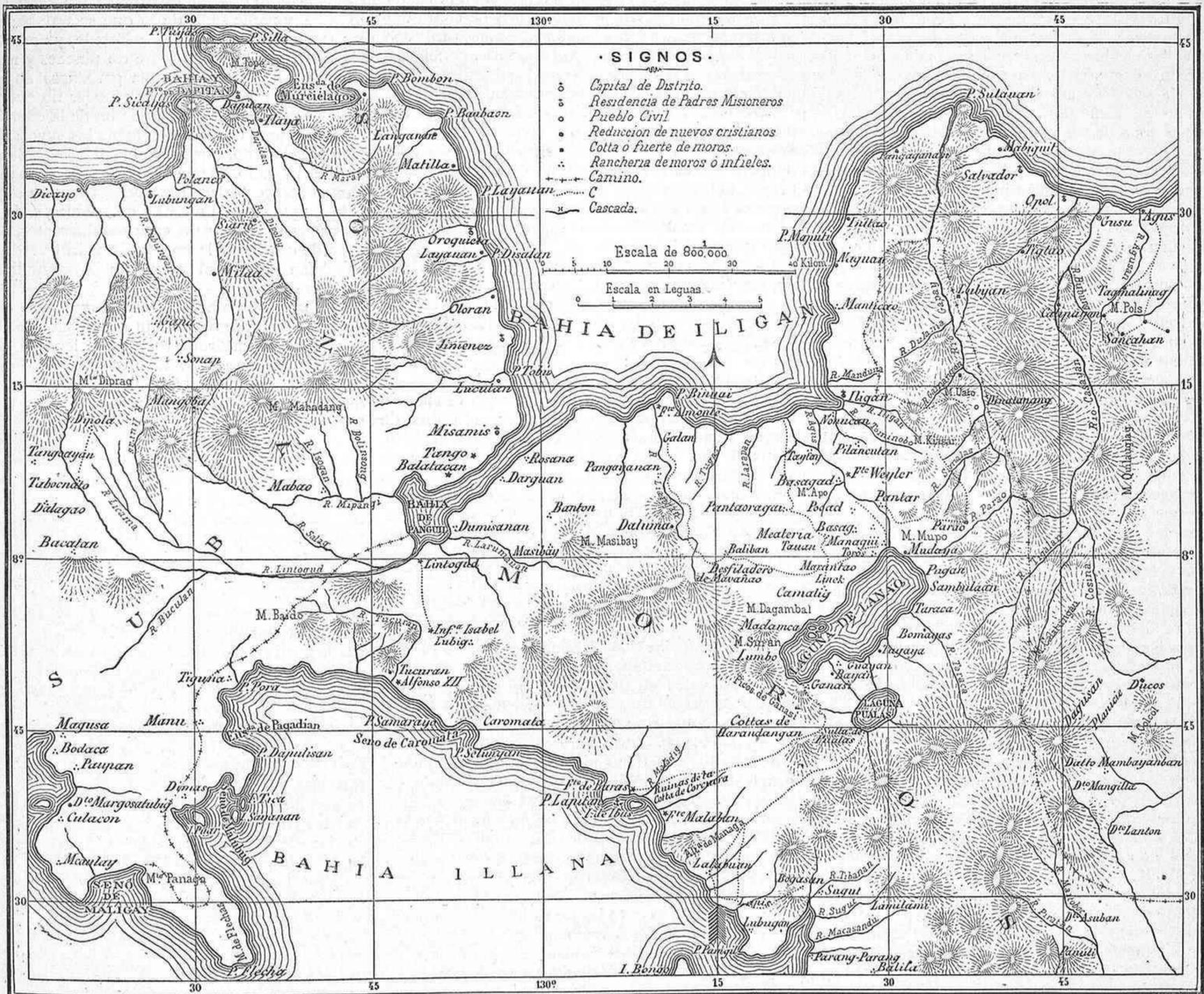
La conquista de Mindanao así como la de Joló llevaronla en 1639 á cumplido término los generales D. Sebastián Hurtado de Corcuera, gobernador general de Filipinas, y su segundo D. Pedro Almonte, tras lucidísimas campañas que dieron por resultado la ocupación de esa misma laguna de Lanao, objeto de las actuales operaciones, del río Pulangui y de varios puntos de la costa. Entonces se construyeron fuertes en Buhayén, Sabanilla é Iligán y se mejoró la fortificación de Danpitán, levantada en 1630. Por desdicha, la guerra con Holanda y las desgracias que pe-

cación de poblados, la ocupación de rancherías y la organización de los distritos.

Pero en honor de la verdad, desde la época de Corcuera hasta 1860, en que para adelantar en la ocupación y dominio de Mindanao se dividió su territorio en seis distritos, no se concibió y maduró un plan fijo de operaciones encaminadas á definitiva conquista. Con arreglo á este plan, en el que se fijaba un buen sistema de operaciones, mucho es lo que hubiera podido conseguirse en punto á dominio y colonización; pero no se cumplió más que en la parte orgánica, como lo prueba una comunicación del general Jovellar al gobierno en 1883, en la que manifestaba «que la situación pasiva que se venía manteniendo en Mindanao hacía años, era muy poco á propósito para adelantar en aquella importante empresa; que lejos de eso, y haciendo nada en el terreno material, entendía que se había perdido y se seguía perdiendo en autoridad moral lo que merced al sistema de contemporización ganaban en confianza de su propia fuerza y poder las razas no sometidas,» y en consecuencia «era de parecer que se debía iniciar un periodo de actividad, sin comprometerse en grandes y costosas operaciones; que se reconstruyesen nuestros fuertes para decoro de la bandera y salubridad de la tropa, aumentándose en el presupuesto 100.000 pesos para esta atención; que se recorriese por la marina el litoral de la de Illana, ocupándose en él, además de Pellok, otro punto tal como Barás ó

Determinó la campaña del segundo, en 1891, la ocupación de Momungán, en el camino de Iligán á Lanao — que es en el que actualmente operan nuestras tropas; — la de Liangán, Balatacán y Tangog, en el seno de Panguil; la de Sindangán; la de Margo-satubig, en el seno de Damanquillas; las de Barás, Malabang y Parang-Parang en la bahía de Illana, la de Pikiyti y la terminación de la trocha de Tukurán á Lintadug.

La actual campaña no puede considerarse, pues, como otra cosa que una continuación de las anteriores. Estaba en la conciencia de las autoridades del archipiélago y estaba en el ánimo del gobierno, puesto que en la exposición de motivos que precede al real decreto de 14 de julio próximo pasado, para justificar el Sr. Becerra el aumento de créditos de la sección 4.ª (Guerra) en el proyecto de presupuestos para las islas Filipinas correspondiente á 1894-95, decía lo siguiente: «Gastos serán éstos reproductivos, porque se tiene el elevado propósito de hacer una campaña decisiva, que no sólo asegure para siempre la tranquila posesión de España en aquel territorio, sino que haga posible el desarrollo de las grandes riquezas que contiene, hoy inexploradas y entregadas á la rapacidad de razas infieles que imponen á las demás la más dura servidumbre.» Por lo mismo, la ocupación de Pantar, ordenada en marzo por el general Blanco, era un hecho necesario, dados estos antecedentes, pues Pantar es otro punto avanzado en la línea de opera-



ISLA DE MINDANAO. — MAPA DE LOS TERRITORIOS COMPRENDIDOS ENTRE LAS BAHÍAS DE ILIGÁN É ILLANA

saron sobre Filipinas en el siglo XVII motivaron el abandono completo de Mindanao en 1663, y con él el crecimiento de la piratería china y malaya, abandono que se prolongó hasta 1718, pues el vuelo que tomaron los piratas obligó de nuevo á ocupar los puntos antes citados y los de Zamboanga, Surigao, Cagayán, Iligán y Misamis para servir de puerto y depósito á nuestras armadillas. Y desde esta última fecha, ya puede decirse que comenzó el progresivo ensanche de nuestro territorio en Mindanao, la edifi-

Lalabuán, para impedir el contrabando, y que se tomase, en fin, actitud de dominio y autoridad sobre los Dattos.»

A estos principios obedecieron las campañas de los generales Terrero y Weyler.

Dió por resultado la primera en 1887: la ocupación de Liang, Bacat y Kudarang, la toma de posesión de la ensenada de Pujaga (costa oriental), de la bahía de Sarangani, puertos de Lebak y Santa María y los primeros trabajos de la trocha de Tukurán.

ciones hacia la laguna de Lanao, y las pérdidas sufridas por las tropas españolas empleadas en los trabajos de dicho camino ó trocha, resultado de los preliminares de la campaña. Ya el cable nos ha ido notificando los últimos hechos de armas, reducidos á penoso avance y á la fortificación de los puertos ocupados.

Con que el lector se fije en el mapa que reproducimos, copiado de la excelente Memoria publicada por el general González Parrado, actual general en jefe

del ejército de operaciones en Mindanao, tendrá perfecta idea de nuestra posición y del movimiento de nuestras tropas. Momungán ó fuerte general Weyler es el único y primer punto que hemos tenido tierra adentro de Mindanao. Para darle condiciones de fuerte provisional, esto es, de estacas, hierba y caña, y para lograr una senda militar, no carretera ni mucho menos, nuestras tropas han sostenido muchos combates durante tres años y ha sido necesario un esfuerzo extraordinario por parte de los 900 hombres que constituyen la guarnición del fuerte. La labor que actualmente desarrollan nuestros soldados es, por lo mismo, increíble por lo penoso. Los 12 kilómetros recorridos desde Momungán á Pantar y los tres desde Ulama á Cabasarán, últimamente avanzados, supone un esfuerzo extraordinario, merecedor de todo género de alabanzas, porque esos 32 kilómetros de avance, que en tierra europea suponen bien poco, constituyen en Mindanao un hecho de suma importancia. Allí para marchar es preciso talar grandes extensiones de terreno, trazar y levantar fuertes con los recursos del país, cortando maderas de los bosques y llevándolas á hombros hasta los puntos en que se necesitan: hay que chasquear la hierba para techos y paredes, etc., etc. Y todo esto, casi sin herramientas y convirtiéndose el soldado en ingeniero y el oficial en arquitecto.

Y si esto es difícil y penoso, no lo es menos el avance á través de bosques y manglares, en los que un enemigo astuto y valeroso, conocedor del terreno y lleno de fanatismo, sorprende á las tropas, obligadas á marchar casi siempre á la desfilada, y se lanza sobre ellas esgrimiendo sus armas cortas y trabando sangriento combate cuerpo á cuerpo, en que la ventaja casi siempre está de parte del atacante. La sorpresa en que halló gloriosa muerte el capitán Salazar, como la del 9 de julio anterior, fué debida á un ataque no previsto, en el momento en que nuestros soldados cruzaban un paso difícil. Y cuando el moro espera á pie firme en las trincheras y en las *cottas*, protegido por ancho foso y por un terreno cubierto de abrojos, no es menos temible por el valor con que maneja su *campilán* y su *cris* que cuando mueve su bolo y su puñal en el seno de los bosques. Añádase á esto su carácter desconfiado, suspicaz y altivo; su entusiasmo por el valor personal y sus costumbres en extremo viciosas, y se comprenderá las dificultades con que ha de tropezar la reducción. Y se comprende también, por lo dicho, que sea esta raza la más difícil de cristianizar y civilizar. En ella se han estrellado, con efecto, los buenos deseos de los misioneros y de los comerciantes.

Queda, por consiguiente, como camino el más indicado la acción militar; pero en el modo de proceder ó de emplear las armas vemos frente á frente dos opiniones altamente respetables, como emitidas por generales que han gobernado en la isla.

El señor general Salcedo, en su obra *Colonias españolas*, publicada en 1891, afirma que «es imposible pensar seriamente en dominar en absoluto por la fuerza de las armas el importante centro moro de la gran laguna de Lanao. Su situación, dice, su topografía, el número é índole de sus pobladores, exigen poderosos elementos de combate en hombres y pertrechos, minuciosos estudios y una ocupación fuerte y costosa, si es que la empresa no había de resultar infundada. No es preciso, añade, ni posible para nuestros intereses del momento, que nuestras tropas bordeen la laguna. Esta puede quedar en nuestro poder tomando los puntos estratégicos bien marcados, que son los mercados exportadores en la gran bahía de Illana, que impiden el contrabando de que viven los moros. La ocupación militar de este puerto y costa, completada por el dominio absoluto de sus aguas, colocará á los illanos y malanaos en situación tan estrecha y difícil como franca para nosotros. Establecidos seriamente en ambas costas, una política prudente completaría la obra iniciada por las armas.»

Por el contrario, el general González Parrado, en el *Plan de campaña* que publicó hace pocos meses, dice que «para herir en el corazón á la raza moro-malaya de Mindanao, dislocar sus agrupaciones y organizarlas en pueblos ó rancherías españolas, no queda otro recurso que una campaña rápida, enérgica y decisiva en la comarca de Lanao y en todo el territorio comprendido entre aquella laguna y la de Iligán,» campaña que no se reduzca á destruir y esquilmar, sino que dé por resultado la sumisión ineludible de aquellos habitantes. «Es indispensable, afirma, que desde el mismo día de nuestra llegada comencemos los trabajos necesarios á fin de establecernos allí para siempre.»

Hay en el fondo de estos dos pareceres una sola afirmación: la de que, si la guerra emprendida ha de ser fructífera, exige grandes sacrificios por parte del gobierno, y mucha cautela y habilidad por la del

general en jefe del ejército en operaciones. Véase el mapa y se comprenderá que con las tropas que hoy combaten camino de Lanao (una brigada y algunas unidades sueltas de las tres armas), en junto unos mil y tantos hombres — pues la guarnición total de la isla suma sólo 4.000, — no es posible soñar en la realización de una empresa formal y seria. Por lo tanto, es de prevenir que se otorguen los refuerzos pedidos por el general Blanco y que éstos alcancen por lo menos á 6.000 soldados y algunos cañoneros. Aun así, los combates que habrán de reñirse serán bastante rudos, pero es de presumir que, bordeaba la laguna y ocupados sus puntos estratégicos, la sumisión total de los moros llegará á ser un hecho.

Pero hay que repetirlo: aun abrigando la seguridad de tal resultado, se trata de una campaña penosa y difícil, obra de tiempo y sacrificios, más de carácter moral que económico, y en la que si las armas pueden abrir la senda de la paz, la política, una política previsora y patriótica, debe poner término á la obra de la guerra.

FRANCISCO BARADO

ROQUE-REV

Como en el negociado donde Roque prestaba servicio no había cosa urgente por despachar, Roque y sus compañeros se dedicaron aquel día á la charla.

Principiaron por hablar de teatros y de toros, dióse luego en murmurar de algunos ascensos injustos, y por último, como casi siempre ocurría, concluyése por hablar del gobierno y de los gobernantes, de la política española y de la política extranjera.

Cierto que ninguno de los que intervenían en la discusión, tranquila primero y vivísima y acalorada después, estaba muy enterado en achaques de Estado; pero ello es que, bastándoles con la experiencia propia, todos venían á deducir, aunque algunos se negaran á confesarlo, la injusticia con que se trata á los humildes y las prebendas que se conceden á muchos tunos.

La discusión, que había llegado á su período álgido, comenzó á decaer; los empleados volvieron á sus desvencijados sillones, se hicieron más largas las pausas y ya el silencio iba haciéndose monótono cuando Roque puso el punto final á los debates, diciendo al tiempo que suspiraba:

— ¡Ay! ¡Si yo gobernara, otra cosa sería!

Callaron todos, apenas si interrumpió el silencio el crujir de algún papel que se dobla ó el correr de alguna pluma de acero en la hoja del libro registro; la luz del día, un día nublado, llegaba con dificultad á la destartada habitación, á través de unos vidrios empañados y sucios; las altas pilas de legajos permanecían inmóviles dificultando más el paso de la luz, y Roque, apoyado de codos en el viejo pupitre que protestaba con siniestro crujido de aquel peso, se quedó dormido.

* * *

Ahora sí que iba á ser Roque dichoso. Ya no tendría que ir á la oficina, ni firmar el parte diario de asistencia, ni cargar con legajos, ni copiar minutas, ni trabajar. Ya no tendría que llevar fiado de la tienda, ni que deber al sastre, ni pagar al casero, ni nada. Roque era poderoso, era rico, era rey.

Rey de hecho y derecho: él no se explicaba cómo podría haber llegado á serlo; pero, qué demonio, había tantas cosas que no se había podido explicar nunca... Era dueño y señor de un inmenso reino, donde si no eran felices todos los súbditos, no sería por culpa del jefe del Estado. Roque, dócil como la cera, si algo tenía de malo era precisamente su excesiva bondad.

Sus ministros eran todos de su absoluta confianza, por algo habían sido sus camaradas y sus amigos. Es verdad que las Cortes habían sido suprimidas en aquel país; pero después de todo, maldito para lo que hacían falta en una tierra donde todo el mundo cumplía con su deber y respetaba las resoluciones del monarca Roque I.

Roque por su parte era de lo más llano y sencillote que en clase de soberanos pudiera imaginarse. Salía á pie, distribuía por su mano cuantiosas limosnas, se disfrazaba de súbdito pobre ó miserable como los reyes de las zarzuelas bufas para inspeccionar su monarquía, y era, en suma, un modelo de gobernantes.

Sin embargo, él había creído al principio de su reinado que sería feliz y no lo era del todo. Cierto día que se disfrazó de extranjero pudo convencerse de que en las fronteras de aquel país el ministro de los caudales estaba cometiendo una serie de abusos increíbles, y una vez que se vistió de corregidor se

encontró con una soberana paliza que estaba sin duda preparada para el que verdaderamente desempeñaba el cargo.

Roque había pensado no trabajar, y se encontró con que no le dejaban tiempo para nada los negocios de Estado y sus asuntos particulares. A las seis tenía que levantarse, porque los doctores de la real cámara lo habían prescrito para mayor salud de Roque; á las siete el baño; á las ocho el desayuno, que no duraba menos de una hora; á las nueve su apoderado general le estaba ya volviendo loco con cifras y cuentas; á las diez despachaba su correspondencia particular, después recibía al comandante de su guardia, al jefe del ministerio, á los políticos de elevada posición..., á una infinidad de atrevidos que concluían por dar al traste con la paciencia de Roque; á la una era de rigor que almorzara opíparamente, tuviera ó no tuviera gana; á las dos ya le esperaba el gabinete reunido, ó cualquier asamblea, ó cualquier inauguración, ó cualquier cosa que requiriera su presencia; á las tres, tenía que ir de paseo en coche ó velocípedo, porque así lo ordenaban los galenos para su tranquilidad, pero en paseo siempre se encontraba con algún pretendiente pesado ó con algún poeta huero que le sorbía el seso con sus absurdas concepciones.

Por la tarde, comía á las seis el eterno pavo trufado, la siempre idéntica galantina, el monótono faisán, el imprescindible salmón... ¿Por qué algún día no habían de darle cocido, de aquel cocido que él comía cuando estaba en España? ¡Imposible! Una vez lo pidió, y nadie supo de lo que se trataba; llamó á los mejores cocineros de su Estado, y nada; púsose él mismo el mandil, rodeóse de pinches y marmitones, y todo inútil: ¡no había garbanzos en aquella tierra, y Roque I con todo su poder no pudo fabricarlos! Otra de las particularidades de la comida eran los vinos; para cada manjar había los suyos: Burdeos para el solomillo, Jerez para la galantina, Manzanilla para el pescado, Madera para el faisán, Champagne para el asado, Málaga para las pastas, licores para el café..., ¡qué sé yo!, un sin fin de bebidas, cada una de las cuales se escanciaba en vasos diferentes, desde la copa de oro hasta la copilla de vidrio verde, y que concluían por dar al traste con la tranquilidad del cerebro de Roque.

Acabado de comer, el extraño monarca era conducido al fumadero; también allí le hablaban de política y le hacían firmar escritos de los que rara vez lograba enterarse. De allí se dirigía al salón donde había reuniones ó se iba al teatro. A las doce y media de la noche, cuando pensaba que ya nadie le molestaría, todavía se encontraba con la visita del jefe de su cuarto militar.

A todo esto, tenía que correr sus aventurillas, que hacer viajes á que su cargo le obligaba, que enterarse de lo que decían de él la prensa y el pueblo y hacer una infinidad de cosas, tales como la de mudarse seis ó siete veces de traje al día y probar los caballos que le regalaban, que no le dejaban tiempo ni para estornudar.

Por lo demás, Roque estaba tranquilo en cuanto á su gobierno: eran todos gente de su confianza; lo peor era la monotonía de aquella existencia. Él necesitaba amar á alguien más que á su nación. Prendóse de una aldeana, los ministros le pusieron el veto por razón de Estado; requebró á una potentada, sus confidentes le aconsejaron una indignidad. Ni aun en esto podía evitar Roque que se le inmiscuyeran.

El bandolerismo hacía ya correrías por aquellas tierras. Roque quiso cortarlo de raíz; cruzáronse influencias, estuvo á pique de perder el trono y desistió de ello. Un camarada de Roque le pidió que todas las prebendas de su departamento fueran para sus herederos y así fué. Alguien le pidió que fuera sanguinario, y á eso resistió Roque; pero lo que él dejó por hacer, no faltó quien en nombre de Roque lo hiciera.

Por fin, Roque pareció haber hallado una mujer que le conviniera al Estado y á él: era la heredera del vecino condado. Aceptó la oferta el Gabinete, y allá fué el ministro de Relaciones extranjeras á arreglar la boda.

Ya iba Roque á ser más feliz. Pero ¡quién!, el pueblo se sublevó en masa contra Roque, y menos mal que pudo escapar con vida; pero aún más que el destronamiento sintió otra cosa: su prometida se escapó á otro país con el ministro, con aquel ingrato de Juan, el temporero de Hacienda á quien Roque había elevado al ministerio.

Roque dió un salto en el sillón y despertó. Juan, el temporero, le sonreía.

— ¡Más vale que siga siendo Roque!, dijo el empleado; y se puso á estudiar un expediente.

P. GÓMEZ CANDELA



El abrevadero de la feria, cuadro de Mariano Barbasán (Salón Parés)

NUESTROS GRABADOS

¡Dios les asista!, cuadro de Arturo Faldi.— La característica de las obras de este célebre pintor italiano, profesor de la Academia de Bellas Artes de Florencia, es el sentimiento. El cuadro que reproducimos, que figuró en la última exposición artística de Milán y ha sido adquirido por el ministerio de Instrucción pública para la Galería de Arte moderno de Roma, es un asunto eminentemente humano y profundamente sentido; todo él respira tristeza, así el grupo de esos tres seres desamparados, como el paisaje, pobre de galas y envuelto en una luz melancólica que aumenta la impresión penosa que aquellos infelices producen.

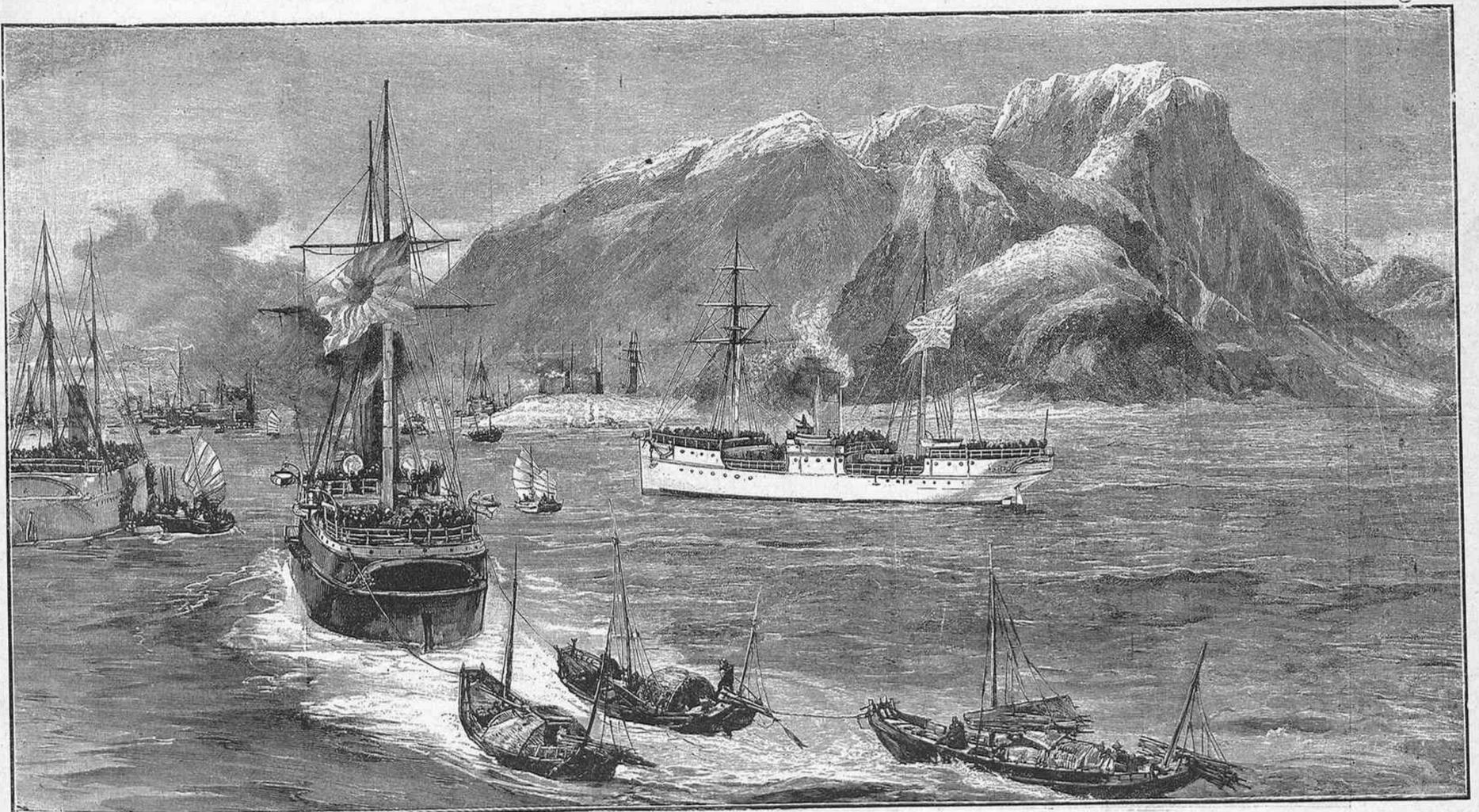
Excmo. Sr. D. Julián González Parrado, general en jefe del ejército de operaciones en Mindanao.— Pertenece el general Parrado á esa brillante pléyade de nuestro ejército, que se distingue por su vasta ins-

trucción, convencido de que al militar de nuestra época no le es suficiente su esfuerzo personal para llenar por completo su cometido y ser útil á la patria. Era casi un niño cuando salió del colegio de Infantería para la gloriosa campaña de Africa, tomando parte en las reñidas batallas del Serrallo, Castillejos, Tetuán y Wad-Ras. De regreso en la península, al firmarse la paz, pasó á formar parte del ejército de Santo Domingo, acreditando su bravura, singularmente en la acción de 11 de noviembre de 1863. Al estallar la insurrección separatista pasó á Cuba, de donde volvió para distinguirse en la guerra carlista, á cuya terminación ostentaba las divisas de teniente coronel. Con el laudable propósito de aumentar el caudal de sus conocimientos y estudiar la organización militar, viajó durante algún tiempo por Francia, Suiza, Alemania é Italia, pidiendo su pase á Joló, para dar pasto á su actividad.

La Memoria recientemente publicada y la brillante campaña ya emprendida en Mindanao atestiguan las excelentes dotes de este general, á quien muy acertadamente se ha confiado el

mando de aquel ejército de operaciones, ya que sus recomendables cualidades militares y los grandes conocimientos que tiene del país han de ser prenda segura para que queden garantidos los derechos de España, domeñadas las rebeldes tribus moras y abierta al comercio una región importantísima, rica y exuberante, casi desconocida y un tanto olvidada de la madre patria.

La brillante jornada de Marahuit, ocurrida el 10 del actual, confirma una vez más nuestros juicios y las relevantes dotes del bravo caudillo que ha conducido á la victoria á las sufridas y valerosas tropas que bajo la bandera de la patria combaten en aquellas apartadas regiones. El sultán Amaní y más de veinte dattos han quedado tendidos en el campo de batalla, ascendiendo á algunos centenares de bajas las experimentadas por el enemigo. La pasiva situación en que durante algunos meses ha permanecido el ejército de operaciones, obligado por la estación de las lluvias, hase convertido en activa y casi decisiva, pues la operación tan felizmente realizada determina la sumisión de



Guerra chino-japonesa. — Desembarco de los japoneses en el promontorio de Shan Tung



ARTISTA CALLEJERA, cuadro de Sichel, grabado por Bong

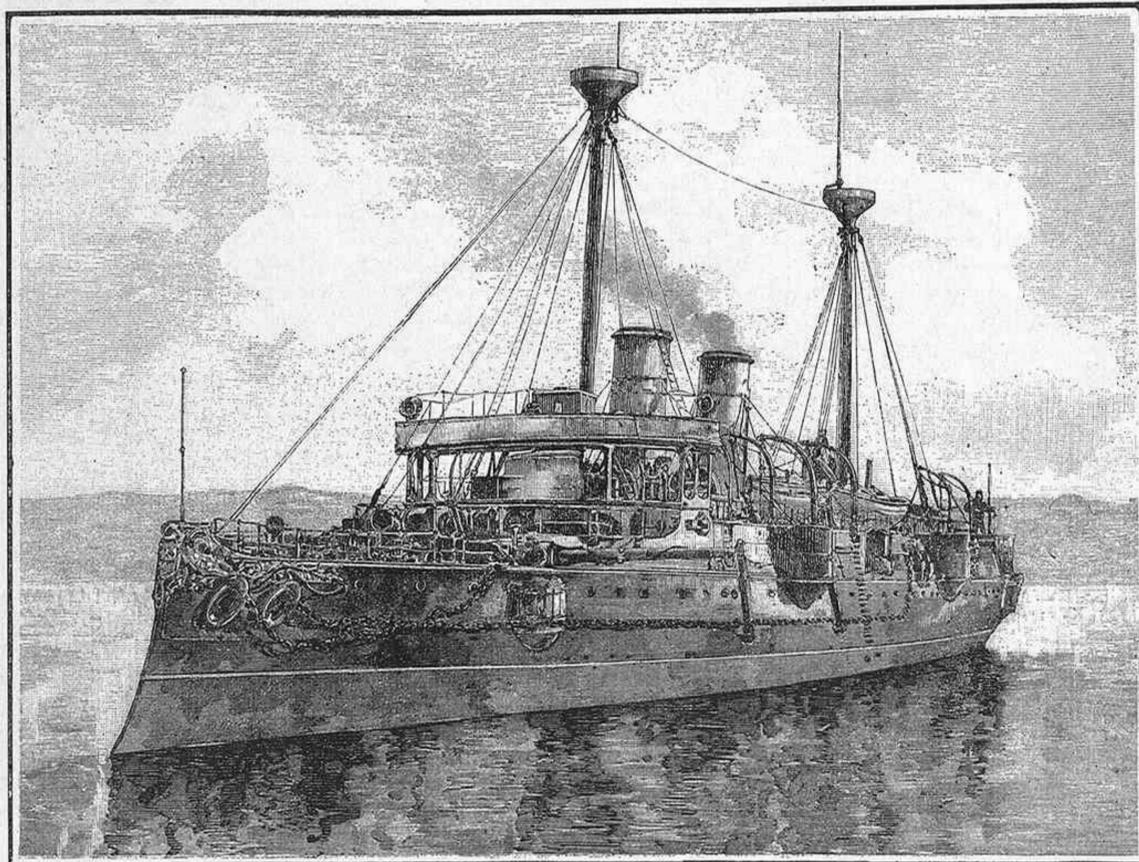


¡OTRA COPITA!, cuadro de A. Lesrel, grabado por Baude

la importante población de Malaya y el dominio efectivo de las regiones ribereñas de la gran laguna de Lanao.

Plácemes merecen el general Parrado y cuantos le secundan en su gloriosa empresa, no escaseándoselos por nuestra parte, ya que todos han merecido bien de la patria.

El crucero «Reina Regente». — De cuantas catástrofes han pesado de mucho tiempo á esta parte sobre nuestra patria, que no son pocas ni de escasa magnitud, ninguna ha emocionado como el naufragio, que por seguro se tiene ya, del



EL CRUCERO «REINA REGENTE»

crucero *Reina Regente*. Otras habrán producido de momento impresión más fuerte, pero ninguna esa tensión de ánimo constante durante días, ese choque de sentimientos y sensaciones que causa la incertidumbre, permitiendo que el alma se abra por un instante á la esperanza para que sea más dolorosa luego la decepción. Estas alternativas de la alegría al dolor más intensos abaten más, mucho más que la explosión de la pena sentida ante la certeza de una repentina desgracia por terrible que ésta sea; por esto no vacilamos en afirmar lo que al principio decimos, que la pérdida del *Reina Regente* ha causado una emoción excepcional en los fastos de las tristezas españolas.

El crucero *Reina Regente* era, después del *Pelayo*, el mejor buque de la armada española: desplazaba 4.800 toneladas y sus máquinas desarrollaban una fuerza de 12.000 caballos. Fue botado al agua en 24 de febrero de 1887 en los astilleros de Clydebank (Glasgow); medía 105'60 metros de eslora, 15'43 de manga y 8'92 de puntal desde cubierta; el casco era de acero y calaba de popa y de proa 6,50 metros; tenía 142 compartimientos estancos y 13 embarcaciones menores, diez de remo y tres de vapor y un radio de acción á toda máquina de 12.000 millas. Su andar era de 18 á 20 millas por hora. Montaba cuatro cañones Hontoria de 24 centímetros, seis del mismo sistema de 12, seis del sistema Hotchkiss de tiro rápido, seis ametralladoras y cinco tubos lanzatorpedos. Iba mandado por el capitán de navío D. Francisco de P. Sanz de Andino, uno de los jefes de más brillante historia de nuestra marina de guerra, y su dotación constaba de unos 400 hombres.

El día 9 del actual salió de Cádiz para conducir la embajada marroquí á Tánger, y al disponerse á regresar al puerto de salida para asistir á la botadura del *Carlos V*, sorprendióle en aguas del estrecho el terrible temporal de estos pasados días, que desgraciadamente no pudo resistir, según así lo indican todas las probabilidades en el momento en que escribimos estas líneas, aunque oficialmente no se tiene, al parecer, la certidumbre del naufragio.

Si es cierta realmente la catástrofe que España entera llora, ¡que Dios haya acogido en su seno las almas de los pobres naufragos! ¡Que la nación honre su memoria rezando por los muertos y acordándose de sus familias, sumidas todas en la desolación y muchas en el desamparo!

El abrevadero de la feria, cuadro de Mariano Barbasán (Salón París). — Esencialmente pintorescos son los cuadros y escenas que ofrecen las ferias en nuestro país, esos grandes mercados populares á los que afluyen con sus productos los campesinos de la región y en los que se observa, por lo tanto, diversidad de tipos y violentos contrastes. Entre todas las ferias españolas distingúense por lo características las que se celebran en la tierra andaluza. De ahí que los artistas procuren reproducirlas: tal es la belleza y brillantez de tonos, la animación y movimiento que en ellas se observa.

Recuerdo de uno de sus cuadros de costumbres populares es el bonito lienzo de D. Mariano Barbasán, cuyas cualidades y méritos han podido ya apreciar nuestros lectores en las varias producciones que hemos tenido ocasión de reproducir.

Guerra chino-japonesa. Desembarco de los japoneses en el promontorio de Shan Tung. — Continuando la serie de grabados relativos á la guerra del extremo Oriente, publicamos la vista del promontorio de Shan Tung en el momento de desembarcar un ejército japonés de treinta mil hombres que se proponía atacar la plaza de Wei-hai-Wei: la escuadra de desembarque se componía de veintitrés buques. Consecuencia de esta operación fué la toma de la citada plaza.

Artista callejera, cuadro de Sichel. — Varias son las obras de este notable pintor alemán con cuya reproducción se ha honrado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y en todas ellas hemos admirado al par que lo acabado de la ejecución la expresión de lo bello, que el autor realiza por los más laudables medios. La *Artista callejera*, es nueva prueba de lo que decimos: la figura de la pobre niña que tocando la gaita gánase el sustento mendigando por las calles está admirablemente concebida y trazada, y si algún defecto hubiera que señalar en ella, quizás sería la misma belleza, la finura de la muchacha que el

cetada y los tonos poco definidos, siempre se contemplarán con gusto y se tendrán como hermosas obras de arte los lienzos en que, como el de Lesrel, las líneas y el claroscuro aparecen cumplidamente resueltos y los colores se ostentan en todo su valor y acentuados, sin vaguedades y difusiones que no pocas veces ocultan la falta de destreza ó de conocimientos técnicos del pintor. El género á que este cuadro pertenece no ha muerto ni es fácil que muera, por fortuna, mientras haya, como los hay en todas las Escuelas pictóricas, artistas que entiendan que el dibujo perfecto es elemento esencial en toda obra de arte y que el colorido brillante, si no es falso, en nada daña, antes bien poderosamente ayuda al buen efecto de una pintura.

El recuerdo del ausente, cuadro de G. G. Kilburne. — En la última exposición que celebró el Instituto de pintores al óleo, de Londres, llamó con justicia la atención este cuadro por su sentimiento y por su factura: la tristeza que embarga el ánimo de la joven está muy bien expresada en el rostro y actitud de la figura que, olvidando su trabajo, deja vagar el pensamiento, y contribuyen á aumentar la impresión de melancolía la semiobscuridad de la humilde estancia y la figura que en último término contempla á la que consagra sus recuerdos al amante ausente.

MISCELANEA

Bellas Artes. — LONDRES. — Se ha constituido una sociedad *Compañía anónima de Orquesta sinfónica de Londres*, con el objeto de organizar una orquesta permanente: en los prospectos se leen los nombres de Víctor Rubens, Carlos Meyer, Alejandro Siemens y Daniel Mayer; el capital social es de 25.000 libras esterlinas y los conciertos empezarán en el próximo otoño.

DUSSELDORF. — La Asociación artística de los países del Rin y de Westfalia ha regalado al Museo de Barmen un cuadro de K. Becker y G. Wendling, y á la Galería de Dusseldorf uno de Janssen y una estatuita de Gotz. Además ha concedido subvenciones de 6.250 y 10.000 pesetas para el embellecimiento del salón de las Casas Consistoriales de Dusseldorf, y para la erección del grupo *El Rin y sus afluentes*, que se ha de levantar delante del palacio de los Estados de dicha ciudad. Este grupo costará 165.000 pesetas, de las cuales 50.000 las satisfará de sus fondos la citada asociación.

Teatros. — París. — Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Rose d'Automne*, delicada comedia en un acto y en prosa del notable poeta Augusto Dorchain, y en la Comedia Parisiense *Mademoiselle Eve*, comedia en tres actos y en prosa de la célebre escritora Gyp, que es una fina sátira de la vida y costumbres del gran mundo, y *Salomé*, pantomima lírica de Armando Silvestre y C. H. Meltzer, para la cual ha escrito una bellísima partitura Gabriel Pierné. En los famosos conciertos Lamoureux ha sido un verdadero acontecimiento la ejecución de algunos importantes fragmentos de *Los Maestros cantores* de Wagner, entre ellos la obertura y el preludio y cuadro segundo del tercer acto.

Madrid. — Se han estrenado con buen éxito: en Lara *El señor Gregorio*, gracioso juguete en un acto de Ricardo Monasterio, y en Martín *Sobresaltos y saltos*, chistosa pieza en un acto de Gonzalo Cantó. La nueva comedia de Eusebio Blasco, *Juan León*, estrenada en el teatro de la Comedia, ha tenido un éxito desgraciado, á pesar de estar muy bien escrita. El maestro Bretón ha obtenido un gran triunfo con su nueva ópera *La Dolores*: entre las piezas culminantes y que más han entusiasmado al público se citan el preludio, el coro de introducción, el pasacalle y una preciosa jota final del primer acto; un madrigal de tenor y un dúo de tenor y tiple del segundo, y en el tercero el rosario de introducción, la romanza de tiple y el gran dúo de tiple y tenor que, según parece, es el número capital de la partitura. La instrumentación de ésta es admirable.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La sonata XXVI*, preciosa comedia en tres actos arreglada del italiano por D. Joaquín Riera y Bertrán; en Romea *La Surripanta*, graciosísima comedia en tres actos de D. A. Ferrer y Codina, de corte marcadamente francés; y en Novedades *Las que no ligan*, drama en tres actos de D. José Amat y Campmany, y *La púbbilla de Caixás*, drama en tres actos de D. Francisco J. Godó, de argumento sencillo é interesante, de carácter genuinamente catalán y muy bien versificado. La Sociedad Catalana de Conciertos ha empezado en el Lírico la serie de los cinco que tiene anunciados bajo la dirección del célebre compositor y director M. Vincent d'Indy: en el primero se tocaron composiciones del siglo XVII y principios del XVIII, de Bach, Gluck, Haydn, Mozart y otros autores no menos famosos; el segundo fué consagrado al gran Beethoven, de quien se ejecutaron la tercera obertura en do de *Leonora*, la séptima sinfonía, el *adagio cantabile* de la novena y la obertura de *Egmont*. En ambos conciertos la orquesta, admirablemente dirigida por el citado maestro, hizo verdaderas maravillas que entusiasmaron al público. Á juzgar por el de los dos primeros, el éxito de esta serie de conciertos será brillantísimo y honrará en alto grado á la Sociedad Catalana de Conciertos y á M. Vincent d'Indy, de cuya dirección guardarán gratísimo recuerdo los buenos aficionados barceloneses.

Necrología. — Han fallecido: José Schwenninger, paisajista austriaco, el Nestor de los artistas vieneses.

Juan Turcan, notable escultor francés. Juan Seeley, profesor de Historia moderna en la universidad de Crambridge, autor de muchas y muy importantes obras históricas.

Emilio Brehmer, notable pintor alemán, presidente de la Asociación Artística de Breslau.

Federico Augusto Dahlgren, poeta y autor dramático sueco, muy versado en historia de la literatura y en la filología.

J. W. Hulke, eminente oculista inglés, presidente del Real Colegio de cirujanos de Londres.

José Uhl, escultor alemán.

María Czerwinca Rieger, escritora boemia, autora de la mayor parte de los libretos de las óperas del célebre compositor Dvorack.

Guillermo Romain Fouace, pintor y escultor francés. Carlos Soubre, pintor belga y profesor de la Academia de Bellas Artes de Luttich.

pintor ha exagerado, precisamente por su noble afán de rendir ante todo culto al sentimiento estético embelleciendo lo que en realidad no suele ofrecérsenos tan correcto como en este cuadro se nos presenta.

El general Lachambre. — Los tristes sucesos que actualmente se desarrollan en la isla de Cuba han dado gran popularidad al general Lachambre, acerca de cuya suerte circularon por algunos días pesimistas noticias que afortunadamente han sido completamente desmentidas. D. José Lachambre y Domínguez procede del arma de artillería y tiene una brillanti-



EXCMO. SR. D. JOSÉ LACHAMBRE Y DOMÍNGUEZ, general de división y gobernador militar de Santiago de Cuba (de una fotografía)

sima hoja de servicios. Durante la última guerra civil distinguióse en las operaciones contra los facciosos del Norte, habiendo sido uno de los auxiliares á quien más estimó el general en jefe de aquel ejército de operaciones D. Domingo Moriones. Terminada la lucha carlista fué á Cuba, en donde mandó varias columnas que persiguieron sin descanso á los insurrectos, batiéndolos en distintos y reñidos combates. En aquel entonces desempeñó el gobierno militar de Pinar del Río, comarca que limpió de bandoleros; después fué gobernador del castillo de la Cabaña (Habana), y ascendido al poco tiempo á general de división encargóse del gobierno militar de Matanzas. Posteriormente se le nombró general en jefe de operaciones de Santiago de Cuba, quedando después de gobernador militar de esa provincia, cargo que actualmente desempeña. En su distrito se han levantado recientemente los separatistas; pero gracias á la pericia y al conocimiento del país que posee el general Lachambre y á la poco simpática acogida que el levantamiento ha tenido aun entre los elementos que más propicios á ella parecían, la insurrección parece sofocada en un principio, y es de esperar que no tardará en renacer la tranquilidad en aquella provincia y por consiguiente en toda la isla. El general Lachambre cuenta en la actualidad cuarenta y nueve años y ostenta en su pecho las más honrosas y estimadas condecoraciones militares.

¡Otra copita!, cuadro de A. Lesrel. — Aun cuando la moda parece haber puesto en predicamento la pintura abo-



Pero entonces sintió que los brazos de Jacobita, arrodillada detrás de él, le sujetaban

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— ¡Qué extrañas son, decía Emilio, qué extrañas! ¡Mira esa pequeña cómo pide! ¡Tiene la voz de niño! ¿No te parece?

Silverio vaciló. ¿Qué había venido á preguntar? ¿Cómo creer asesino á aquel buen muchacho, que se divertía tan tranquilamente con los corderos, mientras que los gendarmes hacían resonar sus espuelas delante de la puerta?

— ¡Roumigas se ha engañado!, pensó Silverio. ¡Oh! Es evidente.

Y acercóse á su hermano con expresión de alegría.

— Emilio, díjole, me complace mucho verte en

buena salud y tan indiferente en medio del rebaño. ¡Si tú supieras lo que me han dicho una hora hace!

— ¿El qué?

— Horrores, ¡pobre hermano mío!

— ¿Con qué motivo?

— Con motivo del asesinato de Laroque.

— ¿Qué dicen?, preguntó vivamente el enfermo, con los ojos brillantes y la expresión interrogadora.

El montañés no pudo menos de mirar aquellos ojos, y sintió que su corazón se oprimía de improviso; retrocedió lentamente, sin apartar la vista de las pupilas de su hermano, y dejó escapar un ligero grito.

— ¡Desgraciado!, exclamó. ¿Será cierto?

— ¿El qué?

Silverio trató de manifestar sus sospechas, pero no pudo; las palabras se le anudaban en la garganta.

El enfermo se entretenía en acariciar otra vez los carneros.

— Déjame tu cuchillo, Emilio, dijo entonces Silverio con expresión de temor.

— ¿Qué cuchillo?

— La navaja..., ya sabes, aquella de que yo me servía algunas veces para cortar mis cañas. ¡Cortaba tanto!

En los ojos de Emilio se pintó el terror.

— ¡No la tengo!, contestó con voz sorda.

— ¡Ah, Dios mío!, balbuceó Silverio. ¿No la tienes?.. Y tu ropa de cutí azul, ¿no la tienes tampoco? Quiero decir aquella chaqueta y pantalón que llevabas la semana última...

Emilio, sin contestar, permaneció inmóvil, con la boca abierta, mirando á Silverio.

— ¡Ah, miserable!, exclamó el montañés. ¿Conque es verdad? ¿Conque tú eres quien ha matado á Laroque?

— ¡Cállate!, murmuró Emilio, tapando la boca á Silverio con la mano.

Y los dos temblaron, uno frente á otro, observándose fijamente.

Mas Silverio no pudo sostener la mirada fanática del enfermo, y volviendo la cabeza, balbuceó:

— ¡Oh! Quisiera haber muerto. ¿Por qué no me has matado á mí?

Y retirándose á un rincón, comenzó á sollozar, oculto el rostro entre las manos.

Pero de pronto sintió en la cara el aliento de Emilio, y oyó su voz que le decía con la mayor dulzura:

— No me has de tener mala voluntad, hermano, porque yo no soy criminal como crees. He obrado en justicia, dando muerte á quien me mataba. Esto es todo.

— ¿Qué dices?

— Digo que he matado á Laroque, porque él quería mi muerte.

— ¿Cómo es eso?

— Me tenía embrujado, Silverio, y si yo no le hubiese quitado la vida, él me hubiera matado á mí.

— ¡Pobre inocente! ¿Y tú crees en esas cosas?

— ¡Forzoso es creer lo que se ve! Dos años hace ya que Laroque trataba de aniquilarme, y si yo no le hubiese dado muerte, todo habría concluido para mí. Bien sabes cuán enfermo estaba yo la última semana; pues bien, mira cómo he mejorado ahora. ¡Es porque mi enemigo ha muerto, es porque el perseguidor no existe ya! Dentro de ocho días podré cantar en la iglesia de Aigues-Vives, y dentro de quince me será posible continuar trabajando en la cantera. ¡Estoy libre del espíritu del mal, y voy á vivir!

Las palabras de Emilio vibraban de alegría, agitaba los brazos con frenesí, y añadió después, paseándose en medio de sus carneros:

— Bien mirado, ¿qué me importa que lo sepan? ¡Yo no he hecho nada malo! He librado al país de un brujo, y ningún juez podrá condenarme.

— ¡Cállate, inocente, cállate y no te vanaglories de ese asesinato, porque no habría piedad para ti! Te han visto matar á Laroque, y te han visto enterrar la ropa y la navaja. ¡Tal vez seas detenido mañana, ó esta tarde, á cualquiera hora del día ó de la noche, y acabarás tu vida en un presidio, si no en el cadalso!.. ¡Y tu padre morirá de vergüenza, y todos quedaremos deshonrados! ¿Qué hacer, Dios mío? No hay partido alguno que tomar, ni se puede hacer ningún esfuerzo. Trasladarse á España sería infundir sospechas á la justicia; y en cuanto á desenterrar la ropa, ¿de qué te serviría puesto que te han visto?

— ¿Quién me ha visto?

— El Sr. Roumigas.

— ¡Ah!

Emilio quedó pensativo, y Silverio adivinó lo que pasaba en su alma de idiota, límpida como la de un niño.

— ¡Ah, ya lo comprendo todo! ¡El Sr. Roumigas es quien tiene la culpa de todo eso!, exclamó el montañés. Te ha hecho creer que te habían embrujado, insinuándote después que era Laroque.

— ¡No hables así!, gritó Emilio con tono amenazador. ¡Eso es falso; no es el Sr. Roumigas! ¡Desgraciado, no digas nunca una palabra de esas cosas! ¿Quisieras mi muerte tú también?

— Yo no quiero tu muerte, pobre hermano, sino tu salvación. Confiesa, yo te lo suplico, confiesa en nombre de nuestra difunta madre. ¿Te has acercado al Sr. Roumigas en estos días últimos, ó le has pedido alguna consulta sobre tu mal? ¡Oh! Mírame, de rodillas te pido que me digas la verdad, de rodillas, Emilio. ¡Habla, habla!

— ¡No, vete de aquí, eres un mal hermano, vete!

— ¡Tú has visto al hechicero, desgraciado; lo advino por tu voz!

— ¡No, mientes! Roumigas no me ha dicho nada, lo juraría ante el infierno. ¡Vete, y no me dirijas jamás tales preguntas, porque de lo contrario, pobre de ti!

— ¡Estamos perdidos, exclamó Silverio moviendo la cabeza; ese hombre nos tiene cogidos á todos, á ti, á mí, á nuestro padre y á Jacobita! ¡Dios mío, estamos perdidos!

Y con paso vacilante, apoyándose en la pared, salió del establo, entró en el aposento de Emilio y de-

jóse caer sobre el escabel. Allí lloró largo tiempo, con el rostro oculto entre las manos, oyendo balar á los tiernos corderillos y á las ovejas glotonas que se es- trujaban alrededor de Emilio para comer sal.

Llegó la noche, y Silverio al levantar la cabeza vió el pálido crepúsculo detrás del pico de Gargos. En el pueblo no se oía más ruido que el murmullo de las aguas corrientes.

Silverio se marchó al fin; andando á la casualidad entre las casas tranquilas, muy pronto echó de ver que tomaba el camino de la gruta, y entonces cambió de dirección. No quería volver allí, pues tal vez Jacobita le esperaba, y ahora no debía verla más.

¡Era preciso alejarse de ella, y no amarla ya! ¡Oh! ¿Cómo conseguirlo? ¿Cómo hallar la fuerza necesaria para semejante sacrificio? Toda entrevista era peligrosa; la menor explicación podría conducir al esclarecimiento de la verdad.

— ¡Sí, pensaba, debo huir de ella, porque no tendría valor para ocultarle lo que pasa, le confesaría el crimen que debe separarnos, y moriría de vergüenza! ¡Es preciso huir! ¿Qué sucedería si ella supiese que soy hermano de un asesino? O me odiaría, y esto fuera demasiado doloroso para mí, ó bien persistiría en nuestro matrimonio, y entonces el Sr. Roumigas mandaría detener á mi hermano... ¡Debo huir para siempre, permitiendo que me tachen de olvidadizo, de infiel ó de loco!.. ¡Oh...! después de los desposorios de esta mañana bajo los castaños de Souloim!.. ¡Compadecemos de mí, Dios mío!

Silverio sollozaba; hallábase perdido en un abismo de dolor, y su vida no era más que un sendero de desolación á través de un desierto.

— ¡Compadecemos de mí, Dios mío!, repetía á intervalos, uniendo las manos con expresión desesperada.

Largo tiempo vagó por la montaña; cuando se cansaba, sentábase sobre una piedra, apoyando la frente en sus manos. Como no llevaba su capote y la noche era fresca, sus miembros tiritaban á veces; pero ¿qué le importaban el frío y la fatiga? No entró en su gruta por temor de encontrar allí á Jacobita, y pasó una hora en la galería de los aludes, con la vaga esperanza de que el Gargos, compadeciéndose de él, le pulverizaría con una de sus rocas. Las estrellas giraban lentamente en el cielo, y una langosta chirriaba en un pino rojo. ¡Oh! Silverio reconoció aquel árbol, algunas de cuyas ramas muertas habían servido en otro tiempo para encender una hoguera en la cima del Gargos. ¡Cuánto daría para que volviese aquella época en que se creía tan desgraciado! ¡Entonces podía esperar que fuera suya Jacobita en el término de cinco años; mas ahora era preciso renunciar á ella definitivamente!

¡Oh, aquel beso que había recibido! ¡Otro hombre debía recibirle también algún día!

Este pensamiento le martirizaba; levantábase gimiendo de dolor, y se dirigía hacia la gruta, pues ansiaba ver de nuevo á Jacobita. ¡Volver á verla, recobrarla, guardarla para siempre! ¿Qué importaba Roumigas? ¿Por qué inquietarse acerca de Emilio? ¡El uno denunciaría al otro, y un Montguille moriría en el cadalso! Y después, ¿qué?

— ¡Jacobita me amará de todos modos, estoy seguro de ello!, decía Silverio. ¿La amaría yo menos si fuese hija de un presidiario? ¡Es preciso decirselo todo; es necesario volver á verla inmediatamente!

Y apresurando el paso, Silverio corría hacia la gruta; pero después sus piernas flaqueaban á pesar de todo, y deteníase, retorciéndose las manos.

— Pero el tutor, continuaba, no quería ya. Jamás la familia Bordes permitiría que Jacobita se casase con el hermano de un asesino; y aunque ella accediese á ser mi esposa, ¿no debería tener yo el heroísmo suficiente para rehusar? ¡Sí, la amo demasiado para hacerla tan desgraciada! No debo consentir en tomarla por mujer. Si su amor es bastante poderoso ahora para hacerla olvidar el crimen de mi hermano, podrá disminuir más adelante, y entonces se convertirá seguramente en desprecio, y tendrá derecho para odiar al que ha dado un nombre envilecido á sus hijos. ¡Oh, no, Jacobita, no debemos amarnos más! Sufrirás mucho sin duda, pero esto pasará poco á poco, como todo pasa; olvidarás al pobre enamorado de la gruta antes de lo que piensas, y tal vez antes de llegar á tu mayor edad; hallarás algún buen muchacho cuya familia sea digna, le amarás sin sonrojarte, serás su esposa; y si algún día averiguas por qué Silverio quiso separarse de ti la víspera de su desposorio, podrás decir: «¡Ha hecho bien; era un honrado joven!»

Silverio lloraba, hablándose así á media voz como un loco; y no tardó en ver despuntar la aurora detrás de la Coronada. Entonces recordó el término de aquella otra noche en que á Jacobita le costó tanto separarse de sus brazos.

— ¡No pensemos más en ello, porque me hace demasiado daño!, se dijo, poniéndose en pie.

El montañés continuó su marcha por las pendientes pedregosas, sin objeto ni reflexión, complaciéndose en subir, después en bajar, en cansarse las piernas, extenuar su cuerpo para conseguir el sufrimiento físico, á fin de olvidar sus tormentos morales, embrutecerse y no pensar más.

El montañés dió la vuelta al Gargos, y á las diez de la mañana entró en la granja donde se había hospedado en otro tiempo, cuando se ocupaba en la desviación de la cascada. Tomó para su almuerzo unas patatas cocidas con leche, y después volvió á la montaña, y una vez allí, entregóse á una profunda meditación. Por lo pronto se preguntó si debía permanecer en Gargos, y no le fué difícil comprender que sería peligroso vivir cerca de Jacobita. Era preciso, pues, abandonar el país; pero ¿en qué región iría á establecerse? ¿Qué haría para ganar la subsistencia? Pasó en revista mentalmente los pueblos pirenaicos que había visitado en sus excursiones, y se acordó de un caserío llamado Goust, que se hallaba más arriba de Eaux Chaudes y era muy semejante al de Gargos. Allí se podía vivir sencillamente, lejos de los ruidos del valle; durante la temporada, los bañistas afluan á las inmediaciones, bien á Eaux Chaudes ó ya á Eaux Bonnes, y los *turistas* se alojaban en uno de esos pueblos cuando querían emprender la ascensión del Gourzy, del pico de Ger, del pico del Mediodía de Ossau y hasta del Balaitous.

— ¡Iré á vivir allí!, se dijo Silverio; haré que el Club Alpino me acredite como guía, y no volveré á Gargos hasta que Jacobita se haya casado. Esta misma noche emprendo la marcha con mi mulo; iré á tomar en Argelez el camino de Eaux Bonnes, y mañana á primera hora estaré á cuarenta kilómetros de mi gruta, sin que nadie sepa qué ha sido de mí. Tal vez dentro de algunos días escribiré á Jacobita; le diré que he cambiado de parecer; que he tenido escrúpulos de conciencia; que sin duda me había engañado sobre la naturaleza de mis sentimientos respecto á ella, y que temí no amarla suficientemente para consagrarle toda mi vida. Mi carta será breve y fría, á fin de que no sienta mucho perderme, y la terminaré deseando mil felicidades á la que debía ser mi esposa... ¡Sí, todo está bien combinado, y no hay otro partido que tomar!

Silverio continuó su meditación, vagando por las pendientes de la montaña opuestas á la gruta; las horas transcurrían; llegó la tarde, y cuando el sol declinaba sobre el Monné de Cauterets, Silverio se dirigió hacia la cima del Gargos, á la cual pudo llegar antes de terminarse el día. Los picos del Sud estaban velados; el Vignemale traspasaba con su pico una larga nube de color rojizo, que parecía ensangrentada por reflejarse en ella los últimos rayos del sol poniente, y las llanuras del Bearn dormitaban bajo una bruma sonrosada. Silverio dirigió una muda despedida á las montañas del país, y arrojándose después en el sitio donde Jacobita le había declarado su amor, rezó su oración de la tarde. No lloró mucho, porque no tenía lágrimas en sus ojos enrojecidos; su dolor le parecía menos agudo, y un velo de melancolía rodeaba suavemente su corazón, como aquella noche silenciosa invadía poco á poco las cimas inmediatas. Cuando las primeras estrellas aparecieron, Silverio bajó lentamente hacia el pueblo, pensando que en aquella hora Jacobita estaría comiendo y que, sin temor de encontrarla, podría ir á su vivienda en busca de *Morrudo*.

Llegó á la entrada de la gruta, aplicó el oído antes de penetrar en ella y no oyó más que el resuello del mulo impaciente.

— ¡Pobre *Morrudo*, no ha comido hace veinticuatro horas!, se dijo. Voy á darle todo el heno que me queda.

El montañés entró, y después de acariciar al cuadrúpedo, dióle una cena abundante.

En seguida encendió una vela, abrió su cofre y empaquetó varios objetos: libros, un álbum de fotografías, una lente de aumento y todos los recuerdos de los Pirineos que en otro tiempo bastaban para consolar sus penas.

Después arrolló su traje de guía, sujetándolo con una correa, puso en un saco lo mejor de su ropa blanca, cerró el cofre, barrió la gruta y descolgó su carabina.

Era necesario esperar á que el mulo hubiese concluido de comer su heno, y el buen *Morrudo* no parecía tener mucha prisa. Después de haber tomado la mitad de su ración, agradábase prolongar el placer y hundía el morro en la hierba odorífera con la voluptuosidad de un viejo gastrónomo.

Para aprovechar todos los minutos, Silverio ensilló el mulo, y enganchó el saco de la ropa, la correa que sujetaba el traje y el paquete de libros y álbum.

Morrudo había concluido; su amo le desató, y cogiendo el ronzal, condujole á orillas del arroyo vecino.

— ¡Bebe, *Morrudo*, bebe, para aplacar toda tu sed de ayer y de hoy! ¡Bebe el agua límpida del Gargos, porque ya no volverás a verla en mucho tiempo!

Y Silverio se inclinó para beber él también, en el hueco de la mano, el agua pura de la montaña natal.

Pero de repente se volvió: Jacobita llegaba; Jacobita, vestida de blanco, como en otro tiempo, en aquella dulce noche de luna.

Silverio se irguió á orillas del arroyo, sobrecogido de un estremecimiento que helaba su sangre.

— ¡Al fin le encuentro!, exclamó la joven. ¡Oh, Silverio! ¿Dónde estaba usted? ¿Por qué abandonarnos sin avisar á nadie? ¡Malo! ¿No sabía por ventura que le esperábamos para almorzar hoy y que hemos pasado la tarde buscándolo por todas partes? ¡Oh! ¡Malo, malo! Desde esta mañana lloro sin cesar.

La joven se había acercado y rodeaba castamente el cuello del guía con sus brazos.

Silverio suspiró; quiso hablar, y no encontró palabras; quiso apartar de sí á Jacobita, y sus manos no supieron rechazarla.

— ¿No me dice usted nada?, continuó la joven. ¿Por qué? ¿Es esa la manera de recibir á una amiguita? Silverio, Silverio mío, ¿está usted enfermo?

La joven había retrocedido para verle mejor; y entonces el montañés halló la fuerza necesaria para llevar á cabo su sacrificio.

— Señorita, dijo, bajando la cabeza, dispéñeme usted si ahora le ocasiono un pesar: me he comprometido con un viajero español para servirle durante toda la estación que comienza, y cuando usted llegó me disponía á salir de Gargos.

Jacobita permaneció silenciosa al pronto; contempló al joven con ojos que parecían los de una loca, y después, sintiendo su corazón desfallecer, repuso:

— ¿Y es usted quien habla así, Silverio mío; usted, mi prometido; usted, á quien amo y que me amaba aún ayer?..

— ¡Oh!.. Sí, la amaba á usted ayer, señorita; es mucha verdad; mas ahora... después de reflexionar... creo advertir...

¡No podía decir lo que había de completar la frase! Sentía un dolor sordo en su pecho, y era que su corazón protestaba; su corazón angustiado, que parecía subírsele á la garganta.

El montañés enmudeció; alejóse del arroyo, conduciendo el mulo á la gruta, y continuó sus preparativos de marcha, mudo y vacilante, bajo la bóveda irregular de granito, donde la luz de la vela proyectaba grandes sombras. Al fin cogió su capote, se puso la carabina al hombro y acercóse á su montura.

Pero entonces sintió que los brazos de Jacobita, arrodillada detrás de él, le sujetaban.

— ¿Estaré yo loca, Silverio? ¿He oído bien que usted no me ama? ¿He comprendido bien que usted se dispone á marchar? ¡Ah, yo no lo permitiré nunca, de ningún modo! Me cogeré á usted, Silverio, y habrá de quedarse ó marcharemos juntos. Yo le amo, ¿me entiende bien? ¡Yo le amo, y por más que usted haga, preciso será que vivamos juntos siempre, sí, siempre! Para irse sin mí será forzoso que me mate. ¡No, tú no me abandonarás, Silverio! ¡Ah, lo juro! ¡Te amo tanto, te amo tanto!..

La joven seguía sujetándole con sus brazos nerviosos, y sus lágrimas caían sobre los pies de Silverio; Jacobita se cogía á él desesperadamente, luchando con toda la juventud de su cuerpo y toda la fogosidad de su primer amor.

Silverio temblaba; volvióse, y no pudo impedir que sus manos acariciasen el cabello de Jacobita.

La joven levantó la cabeza entonces, y pudo ver que los ojos de su prometido estaban llenos de lágrimas.

— ¡Ah! ¡Bien lo ves, exclamó con aire de triunfo, bien ves que tú también me amas á mí!

Pero el guía, volviendo el rostro, exclamó con toda la energía de que en aquellos momentos era capaz:

— ¡No, yo no la amo á usted, la he engañado, Jacobita, y por eso lloro! Aseguro que no la amo, y si usted estuviera más serena podría reconocerlo. ¿Por qué había de marcharme y abandonar el país? Es muy sencillo, y hasta una criatura lo comprendería. Siendo usted hermosa, rica y distinguida, ¿por qué no me casaría con usted si la amase verdaderamente, puesto que hoy todo el mundo consiente en este matrimonio, usted, su padrino y mi padre? Es preciso rendirse ante la evidencia, Jacobita; es forzoso creer que mi amor ha cesado. Ciertamente me pareció usted muy linda, y todos los hombres de mi edad hubieran hecho lo que yo; habríanla cortejado, manifestándole los más tiernos sentimientos; pero no todos hubieran sido sinceros. Yo quiero serlo; ahora estoy seguro que sólo he sentido por usted un amor pasajero, y ya comprenderá que este no es el verdadero amor. ¿Se casa uno por ventura con todas las mujeres hermosas que encuentra? ¡Ah! Ya veo que

está usted convencida. Olvide el mal que le hice, y no llore más, yo se lo ruego. Tampoco debe acusarme de crueldad al separarse de mí. De aquí á veinte años comprenderá, por el contrario, hasta qué punto he sido bueno, y me dará gracias por lo que hoy hago... Permítame estrechar su mano y decirle adiós, sin fijar la atención en que estoy tan triste como usted, y en que mi corazón se entenece al separarme de usted. Jacobita, de todos modos, espero que piense en mí, si aún puede hacerlo; yo, por mi parte, difícilmente conseguiré olvidarla del todo. Me voy sin avisar á mi familia; si ve usted á mi padre, dígame que muy pronto escribiré, y presente mis excusas al padre Bordes. Le dejo la cascada, porque ya no la necesito; espero que la acepte, y que se cuide de mi familia, si el rebaño no les bastase para subsistir... ¡Que Dios sea con usted, Jacobita, y la preserve de todo mal!

Estas últimas palabras apenas fueron perceptibles, porque Silverio había agotado sus fuerzas, y temía caer, á pesar suyo, á los pies de la joven, para revelárselo todo en un grito de desesperación. Jacobita sollozaba, y al ver al guía volverse hacia su mulo, exclamó:

— ¿Conque es verdad..., conque es verdad?.. ¿Y qué será de mí ahora?

Silverio se apresuró á poner fin á aquella situación.

— ¡Adiós!, dijo. ¡Por favor no me hable usted más!.. ¡Adiós para siempre!

Y cogiendo el ronzal de *Morrudo*, partió con la cabeza baja, encaminándose á través de las rocas.

— ¿Conque es verdad que todo ha concluido?, volvió á preguntar Jacobita.

Y con voz angustiada gritó:

— ¡Silverio, Silverio!..

Sus sollozos resonaban en la montaña.

El guía apretó el paso entonces y dirigióse rápidamente hacia el valle. Allá abajo, entre los pinabebes, hallaría los senderos que conducen á Aigues-Vives.

Pero Jacobita debía seguirle, pues otra vez oyó su llamamiento doloroso en el Gargos.

— ¡Silverio, Silverio!..

¡Oh! Aquellos gritos le desgarraban el corazón.

— ¡Dios mío, sostenedme!, balbuceaba el montañés.

Y continuando su marcha, llegó á los pinabebes; ganó el primer sendero, y parecióle reconocer una mancha negra en la tierra: era la sangre de Laroque.

— ¡Silverio!, seguía gritando la voz lejana de Jacobita.

Pero el montañés proseguía su camino sin volver la cabeza; y para ir más de prisa, montó en su mulo y lo puso al trote...

Dos ó tres veces más creyó oír el llamamiento de la joven en el silencio de la noche, aquel nombre lanzado tan angustiosamente á las montañas, y que los ecos le llevaban con tanta tristeza. Después, el torrente de Aigues-Vives, el torrente sonoro, cuyas aguas murmuraban á lo largo del camino, fué lo único que turbó el silencio de aquella soledad.

VIII

Silverio Montguillem anduvo toda la noche.

Al salir de la cuenca de Aigues-Vives acortó la rapidez de la marcha, y para no cansar á *Morrudo* le puso al paso. A la una de la madrugada llegó al pueblo de Soulom; cruzó por Pierrefitte, costeó Saint-Savín, y hallábase en Argelez antes de las dos. Desde allí abandonó el valle para remontar, por la izquierda, el torrente de Azún.

Al rayar la aurora, el montañés avistó el burgo de Arrens; Silverio estaba encorvado por efecto de la fatiga, pues solamente había dormitado un poco sobre su cabalgadura; detúvose delante de una posada, despertó al mozo y pidió un rincón de la cuadra para su mulo.

No se había acostado hacía dos días; alquiló una habitación, y cuando estuvo en cama rindióse al sueño; durmió pesadamente hasta mediodía, sin que nada perturbase su reposo, y continuando luego su marcha, llegó á Eaux-Bonnes á las seis y media. A los tres cuartos de hora estaba en el caserío de Goust, donde encontró un anciano que consintió en admitir en la cuadra de su granja el caballo, cediendo un rincón del granero á su amo.

Al día siguiente bajó á Eaux-Chaudes á fin de buscar trabajo; pero aún escaseaban los *turistas*. Por otra parte, los guías del país no le permitieron situarse en los buenos puntos; rodeábanle y le agobiaban de injurias cuando un extranjero se dirigía á él para ir á la gruta ó á Bious Artiques, y por último tuvo que volver á Goust sin que nadie hubiese utilizado sus servicios. Los días siguientes no fué más afortunado.

Había emprendido el viaje con una cincuentena

de pesetas, resto de un préstamo de cien escudos que Antiquenabe le hizo, y ya comenzaba á experimentar cierta inquietud. ¿Sería preciso volver á su país, ó dejarse morir de hambre?

Escribió á su padre, pidiendo perdón por su brusca marcha, y diciéndole, como había dicho á Jacobita, que no se creía bastante enamorado para casarse. Rogábase que fuese á la gruta para poner allí un poco en orden las cosas, cerrar bien las dos aberturas con cadenas y guardarse las llaves de la casita para que los ladrones no pudiesen llevarse nada. Terminaba suplicando á su padre que le enviase noticias de Gargos con la mayor frecuencia posible, sirviéndose para esto de Artiquenabe, que sabía escribir lo suficiente. Daba las señas en Goust, cerca de Eaux-Chaudes (Bajos Pirineos). Silverio envió también una carta para su hermano enfermo; asegurábase su constante cariño, y le deseaba un pronto restablecimiento: no hacía la menor alusión á Laroque, pues como Emilio, lo mismo que su padre, no entendía de letra, la persona que abriese la carta para leérsela hubiera podido descubrir el espantoso secreto. Por otra parte, en el fondo de su conciencia perdonaba á Emilio, infeliz muchacho que después de matar á un hombre acariciaba como un niño á los corderos. ¿Era por ventura completamente responsable de sus actos? ¿No creía tener derecho para dar de puñaladas á un brujo que le había hechizado, así como el viajero le tiene para disparar un tiro contra el bandolero que le acomete? ¿No era esto legítima defensa? ¡Pobre Emilio!, tan supersticioso, tan ignorante y tan cándido!

Silverio escribió, por último, al padre Bordes; y su carta, muy humilde, contenía frases en extremo sencillas. Explicó su conducta lo mejor que pudo; pidió perdón en términos respetuosos, y confirmó lo que había dicho á Jacobita respecto á la cascada. Hacía donación absoluta de ella al señor cura, rogándole que sacase de ella el mejor partido posible y continuara los trabajos comenzados. No conservaba para sí más que la gruta y una porción del prado, á fin de que *Morrudo* tuviera donde pacer el día en que volviese á Gargos.

Silverio se juzgó relativamente feliz al escribir estas cartas, y creía volver en cierto modo á su vida dichosa de otro tiempo; pero cuando las hubo enviado todas, la tristeza de los últimos días se apoderó otra vez de su corazón, y estuvo más desesperado y más melancólico que nunca. Se habían roto los últimos lazos que le unían con aquel pasado tan dulce, y entraba en el porvenir tenebroso y frío.

En otro tiempo no leía jamás diario alguno, y rara vez se había preguntado lo que sus contemporáneos podían hacer á su alrededor; pero desde que habitaba en Eaux compraba la *Pequeña Gironda* como el más trivial bañista. Largo tiempo necesitó para descifrar aquella especie de gaceta y comprender la nomenclatura de los acontecimientos, pues allí veía cosas inexplicables para él: *Cambios de Bolsa*, *Trabajos Parlamentarios*, *Sport Velocipédico*. Silverio no buscaba más que el nombre de Laroque y el de Montguillem; dos días después de su llegada á Eaux-Chaudes encontró el del contrabandista, pero no vió nunca el de Emilio; el diario refería el crimen de Gargos, mas no decía quién fuese el culpable, «á quien la justicia buscaba activamente.»

— ¡Dios quiera que no le encuentre!, decía el montañés. Lo espero así, porque el Sr. Roumigas ha debido tener conocimiento de mi marcha, y guardará su secreto para recompensar mi conducta.

El mes de junio terminaba; Silverio seguía sin trabajo, y no recibía tampoco noticias de Gargos. ¡Cuántas veces tuvo intención de marcharse, de volver por el camino de Argelez é ir á ver qué ocurría allí!

Para desechar estas ideas peligrosas escalaba los picos de los alrededores, y extenuábase á fuerza de cansancio; elegía las rocas más difíciles, y arriesgábase en las cornisas más angostas, para tener distracciones violentas y pensar un poco menos en Jacobita.

Cierta mañana emprendió así la ascensión del pequeño pico de Ossau, uno de los más peligrosos de la cordillera, especie de aguja vertiginosa, donde apenas se aventuraban sino aquellos que van en busca de un suicidio de sensación. Cuando bajaba, vió varios *turistas* detenidos en la base del pico grande, los cuales le contemplaban con sorpresa. Uno de ellos, después de mirarle un momento, exclamó alegremente:

— ¡Calla, pues si es mi guía, es Montguillem!

Silverio se volvió para ver la persona que así hablaba, y reconoció á un socio del Club Alpino, á quien había acompañado el año anterior á la Brecha de Rolando y al Monte Perdido.

— ¡Buenos días, Sr. de Linville!, dijo el montañés, descubriéndose al punto.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CLEPSIDRA MISTERIOSA

Los viejos movimientos de relojería, cuando son curiosos, están destinados á figurar en los museos: sus muelles enmohecidos, sus ruedas sin dientes, sus ejes fuera de su centro no les permiten ya ser más que testimonios de un arte desaparecido. Es esta una ley ineludible; de aquí que no pueda menos de ser admirado un aparato que, á despecho de esta ley, funcione hace trescientos cincuenta años sin haber

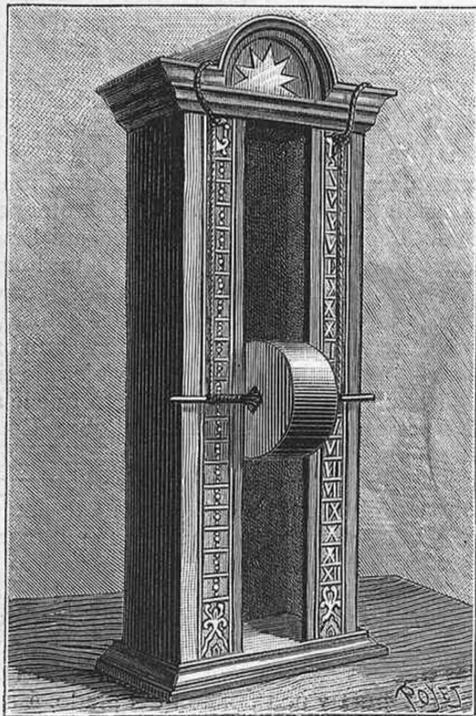


Fig. 1. - Clepsidra misteriosa

necesitado la menor reparación. Tal sucede con un reloj que posee M. Pottin, de Ivry-Port (Francia), y cuya edad ha sido diagnosticada por Marié Davy, el difunto director del observatorio de Montsouris. Digamos ante todo que si se ha sustraído á la triste suerte de los mecanismos viejos es porque carece de ellos. En efecto, se trata de una clepsidra representada por la figura 1.

Exteriormente no se ve más que un cilindro de unos 15 centímetros de diámetro, suspendido por dos hilos arrollados á los extremos de una barrita redonda que atraviesa su eje. Cuando, haciendo girar este cilindro de abajo arriba, se ha terminado el arrolla-

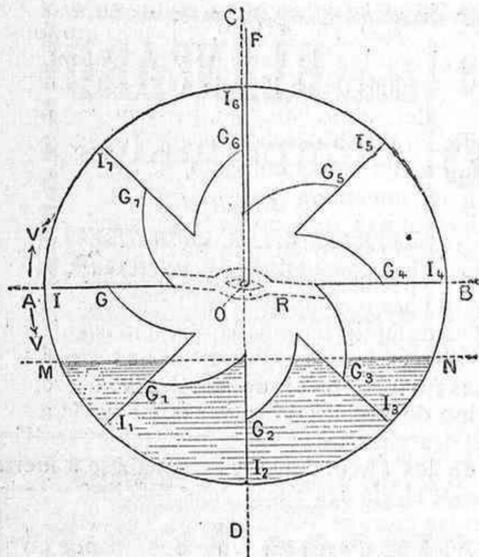


Fig. 2. - Esquema explicativo

miento de los hilos, se abandona el aparato, el cual, después de haber oscilado dos segundos para encontrar su aplomo, empieza á descender lentamente, empleando diez y ocho horas en recorrer con precisión las escalas de derecha é izquierda, cuyas divisiones son de cobre incrustado en la madera del mueble (1).

He aquí la explicación de este curioso resultado, para comprender la cual servirá el esquema de la figura 2.

El cilindro está dividido en ocho compartimientos

(1) La escala dividida en 18 horas tiene una longitud de unos 75 centímetros: ya se comprenderá que esta longitud podría ser mayor; así, por ejemplo, en una habitación ordinaria podría obtenerse fácilmente una marcha de dos días, sin dar cuerda, por decirlo así, al aparato.

perfectamente iguales y simétricos con relación al eje O. Estos compartimientos G, G¹... G⁷, se comunican entre sí por medio de pequeños orificios I, I¹... I⁷: además unos canales centrales K les ponen en comunicación dos á dos; así, por ejemplo, G⁷ comunica con G⁶, G con G⁴, G⁴ con G⁵ y G³ con G⁶. El cilindro contiene líquido (1) hasta el nivel M N. Supongamos el cilindro suspendido por el hilo F arrollado alrededor de O, á la derecha de la vertical que pasa por el centro de gravedad del sistema CD: evidentemente la gravedad hará girar el aparato en el sentido de la flecha V, pero en este movimiento se produce un desnivel del líquido á izquierda y derecha de CD, en el sistema de depósitos comunicantes formado por los compartimientos G y los orificios I: el líquido sube á la derecha y desciende á la izquierda hasta que el centro de gravedad pasa por la vertical F. Entonces cesa la caída del cilindro, pero vuelve á producirse á medida que los dos niveles tienden á igualarse por la comunicación lenta al través de los orificios I. Y como esta igualación sólo puede lograrse mientras el cilindro está suspendido, el lento movimiento de descenso continúa indefinidamente.

Este movimiento se verifica de un modo perfectamente regular, porque todas las partes del cilindro son simétricas con relación al eje central. Examinando el esquema de la figura 2 se ve fácilmente que los compartimientos sólo pueden comunicarse, durante el período de descenso, por los orificios I. Se comprende también que es muy sencillo armar el aparato: basta para ello dar vueltas al cilindro en el sentido de la flecha V', con lo cual el hilo se arrolla alrededor del eje central, y á medida que sube el aparato los compartimientos se vacían por los canales centrales R en sus simétricos, de donde resulta que á cualquiera altura el sistema, abandonado á sí mismo, recobrará, después de dos ó tres oscilaciones, su perfecto equilibrio.

M. Marié Davy atribuía la construcción de esta clepsidra á un artista de la época de Enrique II, siendo muy probable que algunos obreros menos hábiles hayan intentado imitar ese aparato, pues en la región de Brie, en donde pudo adquirirlo M. Pottin, se han encontrado una veintena de imitaciones, pero todas incapaces de funcionar. En la exposición de Artes retrospectivas celebrada en París en 1889 había un cilindro de cobre que tenía mucha semejanza con el que acabamos de describir y que se suponía ser una clepsidra del tiempo de Carlomagno (2). ¿Se habrán atribuido algunos siglos de más á este producto del arte antiguo? No podemos decirlo.

Nuestro propósito ha sido únicamente dar á conocer un instrumento muy sencillo y de gran precisión que de fijo muy pocos conocen y que, por ende, hemos creído digno de ser descrito.

L. REVERCHON

* *

APARATO NEUMÁTICO PORTÁTIL PARA LABRAR LAS PIEDRAS

Sabida es la importancia que han alcanzado y alcanzan más cada día en la industria las máquinas aun para las aplicaciones más limitadas. Entre ellas merece mencionarse la que reproducimos, para labrar piedra, que funciona por medio del aire comprimido: es de construcción muy sencilla y fácilmente transportable. Nuestro grabado reproduce la vista en conjunto del aparato é indica al mismo tiempo su modo de funcionar: consiste esencialmente en un cilindro A, que contiene en su interior un émbolo móvil, el cual lleva en su extremo un instrumento cortante de varias ramas que pueden penetrar en la superficie exterior de una piedra P y cortarla en un espesor determinado. Este émbolo se mueve por el aire comprimido, que es llevado á la parte superior del mismo por un conducto C. Cuando el émbolo llega al término de su recorrido, establécese una comunicación con el aire exterior, el aire comprimido se escapa y el émbolo vuelve hacia atrás: entonces entra nueva-

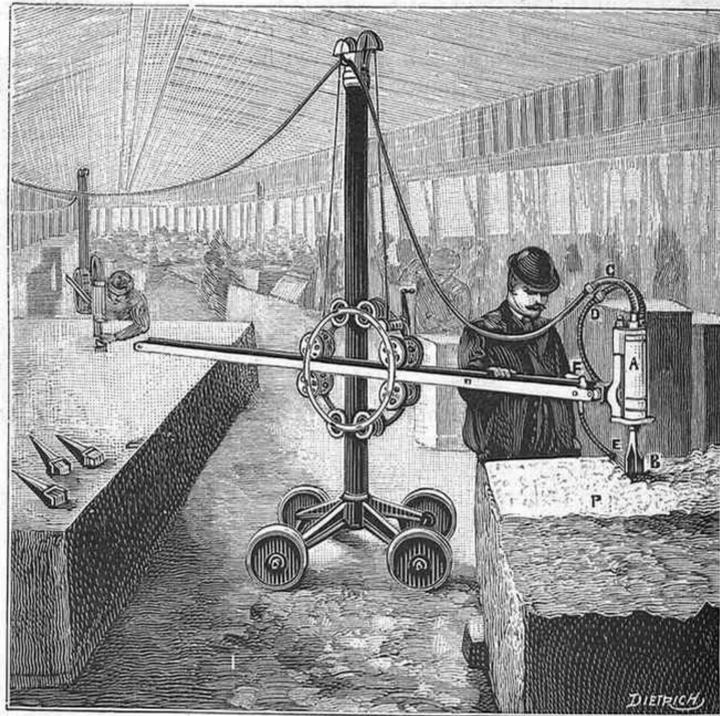
(1) Intencionadamente decimos líquido y no agua, pues no es posible reconocer la naturaleza del contenido del cilindro, porque éste es de estaño y está soldado en todas sus partes. De modo que para saber de qué líquido se trata sería preciso destruir el aparato.

(2) El benedictino Carlos Wailly construyó en 1690 un reloj análogo, que el padre Alejandro describe en su *Tratado general de los relojes*.

mente aire comprimido en el cilindro que empuja otra vez al émbolo, y así sucesivamente. De esto resulta un movimiento de vaivén continuo, pudiendo el aparato dar cien golpes por minuto. El aire comprimido, durante el movimiento del émbolo hacia atrás, no se escapa directamente al exterior, sino que atraviesa un tubo D y sale por E barriendo los restos de piedra á medida que el aparato los arranca. Una espita F permite regular á voluntad la salida del aire.

El aparato neumático va fijado al extremo de un travesaño horizontal que el operador puede fácilmente cambiar de sitio: nuestro grabado reproduce la máquina en función y al obrero que gobierna con su mano derecha este travesaño, el cual está sostenido por un sistema especial de contrapesos que se pueden subir ó bajar por medio de una cabria. El conjunto del aparato va montado sobre una columna con cuatro ruedas que con facilidad puede transportarse de un lugar á otro.

El nuevo aparato neumático portátil no es ciertamente de construcción perfecta y muy mecánica; pero, á pesar de ello, no podemos menos de examinar con atención este mecanismo sencillo, sin ninguna complicación, formado con los más comunes elementos. Esta máquina, de una sencillez extremada, pres-



Aparato neumático para labrar las piedras

ta todos los días grandes servicios para desbastar piedras duras, incluso el granito, bastando de seis á diez minutos para pulir una superficie de 10 decímetros cuadrados. Se calcula que una máquina de esta clase puede ejecutar en un día un trabajo que hecho á mano costaría noventa pesetas, ó sea en un año una labor equivalente á 25.000 pesetas.

Este es el argumento más poderoso que ha decidido á los americanos á utilizar este aparato: para ellos basta que una máquina, aunque sea de construcción imperfecta, pueda producir una ganancia positiva para que sea inmediatamente adoptada. En otros países los fabricantes no consentirían que saliera de sus talleres un aparato en tales condiciones.

Para hacer funcionar esa máquina se han ensayado el vapor y la electricidad; pero ni uno ni otro han presentado las mismas ventajas que el aire comprimido, que permite barrer inmediatamente los restos arrancados de la piedra, y en esta industria es un punto importante obtener una marcha rápida del cincel sin ninguna pérdida de tiempo. Sin embargo, fácil habría sido construir un motor eléctrico que moviera el cincel y al mismo tiempo barrera los trozos de piedra, con lo cual habríase evitado el gasto de tubos para el paso del aire comprimido, tubos que necesitan ciertas condiciones especiales, sobre todo cuando se trata de una longitud algo regular. Los cables eléctricos, por el contrario, habrían podido ser de pequeña sección y al propio tiempo habría sido fácil empalmarlos directamente en las distribuciones de energía eléctrica para el alumbrado que existen en casi todas las fábricas americanas. Pero esta solución no ha sido quizás buscada y el aire comprimido ha sido utilizado desde un principio.

Es de suponer, sin embargo, que los mismos americanos, gente práctica como nadie, estudiarán este nuevo aspecto de la cuestión y no tardarán en sustituir el aire comprimido por la fuerza eléctrica cuyas aplicaciones tanto han generalizado y perfeccionado.

J. LAFARGUE

LA TEMPERATURA EN EUROPA

desde el 26 de enero al 20 de febrero de 1895

El invierno de 1894-1895 ha sido notable por lo riguroso.

Dos hechos principalmente han contribuido á hacerlo memorable: la prolongación de los fríos intensos hasta el 20 de febrero y la extensión de las fuertes heladas por toda Francia, por la mayor parte de las islas Británicas y de Italia y por la mitad septentrional de España.

La causa primera de este frío tardío no es conocida, pero se ha manifestado por un fenómeno más general que el descenso de la temperatura del aire. Este fenómeno, que puede considerarse como causa secundaria é inmediata, ha sido constituido por la persistencia de un área de bajas presiones en toda la cuenca del Mediterráneo y por la de una zona de altas presiones en el resto de Europa.

En tesis general, un área de bajas presiones produce una elevación de temperatura en su parte oriental, adonde los vientos del Sur llevan el aire caliente de los países más meridionales, y determina, por el contrario, un descenso de temperatura en su mitad occidental, adonde los vientos del Norte conducen el aire frío de las regiones más septentrionales.

Durante el período que examinamos, la prolongación excesiva del área de las bajas presiones medite-

ráneas de Oeste á Este, ha limitado la elevación de temperatura á Turquía y á la Rusia meridional, habiéndose en cambio extendido el frío á la mayor parte del continente.

Por otro lado, las altas presiones ocasionan en invierno una temperatura que puede ser relativamente benigna si brilla el sol, pero que generalmente es muy baja, sobre todo de noche, á causa de la radiación terrestre, que es lo que ha sucedido en el Norte de Europa.

La distribución de las presiones era, pues, excepcionalmente favorable á la producción de un frío intenso y general.

Del cuadro de mínimas absolutas de temperatura, trazado con las observaciones efectuadas en 90 estaciones europeas, resulta que las heladas de menos de 10° bajo cero se han extendido casi á toda Francia, que las de 5° han invadido el centro de España y aun el Sur de Italia y finalmente que el hielo sólo ha dejado indemnes á una parte de Cerdeña y de Sicilia, Grecia y el extremo meridional de la península ibérica.

El mayor frío registrado en Francia ha sido de 23° bajo cero en la región de Nancy; en Laponia la temperatura ha bajado á 33° bajo cero, siendo de notar que estas temperaturas se han obtenido por medio de termómetros instalados con los abrigo reglamentarios en los observatorios para preservar esos instru-

mentos de la lluvia, de la nieve y del sol. Si los termómetros hubiesen estado al aire libre habrían dado temperaturas tres ó cuatro grados más bajas. De este modo pueden explicarse las temperaturas de 27° y 30° bajo cero señaladas por algunos periódicos del Nordeste de Francia. - P.

* *

FABRICACIÓN DE VIDRIOS POR LAMINADURA

Se ha señalado recientemente en la fabricación de vidrios una observación muy interesante que podría ser de gran importancia para esta rama de la industria. Un fabricante de vidrios francés, M. Simón, ha conseguido producir planchas de vidrio de gran anchura y de longitud *ad libitum* por medio de cilindros: el vidrio así obtenido, por su solidez, homogeneidad y transparencia resulta muy superior al ordinario y tiene, al parecer, un brillo que en nada cede al del cristal pulimentado. La parte esencial del invento de M. Simón consiste en el empleo de cilindros metálicos especiales y huecos, calentados interiormente por medio de vapor ó de gas, los cuales cogen directamente la pasta que, procedente del fondo de un crisol, llega hasta ellos sin necesidad de ningún aparato intermediario. Para evitar que la masa blanda se adhiera á los cilindros se da á éstos una capa muy fina de polvo de carbón, aceite y cera. - X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
Escribir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL
DE LOS DOCTORES
JORET Y HOMOLLE
Régulariza las EPOCAS.
IMPIDE LOS DOLORES.
RETRASOS, SUPRESIONES, &c.
Dosis: una ó dos capsulas mañana y tarde.
FRASCO 4/50.-TODAS FARMACIAS.
PARA EVITAR LA FALTA DE ÉXITO, EXIJIR EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE
MEDALLA de ORO, Exposición de ANVERS 1894.

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

CYCLES IMPERATOR
DUGOUR Y C.ª, Constr.
81, Faubourg, Saint-Denis, en Paris
Velocipedos de precisión 225
Excelentes neumáticos. Fr.
Catálogo gratis.-Exportación.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Escribir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PEREZ

Adaptados de Real orden por el Ministerio de Marina.

Recomendados por la Real Academia de Medicina.



CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de Indisposiciones del Tubo Digestivo, Vómitos, Diarreas de los Tísicos, de los Viejos, de los Niños, Cólera, Tifus, Disenteria, Vómitos de las Embarazadas y de los Niños,

Catarros y Úlceras del Estómago, Piroxis con Eructos Fétidos, Reumatismo y Afecciones Húmedas de la piel. Ningún remedio alcanzó de los médicos

y del público tanto favor por sus buenos y brillantes resultados, que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS DEL MUNDO.

España, Almería, Laboratorio Vivas Pérez, de donde se envían muestras á quien las pida.

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
Solucion **BLANCARD**
Comprimidos de Exalgina
Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
Exijase la Firma y el Sello de Garantia.- Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

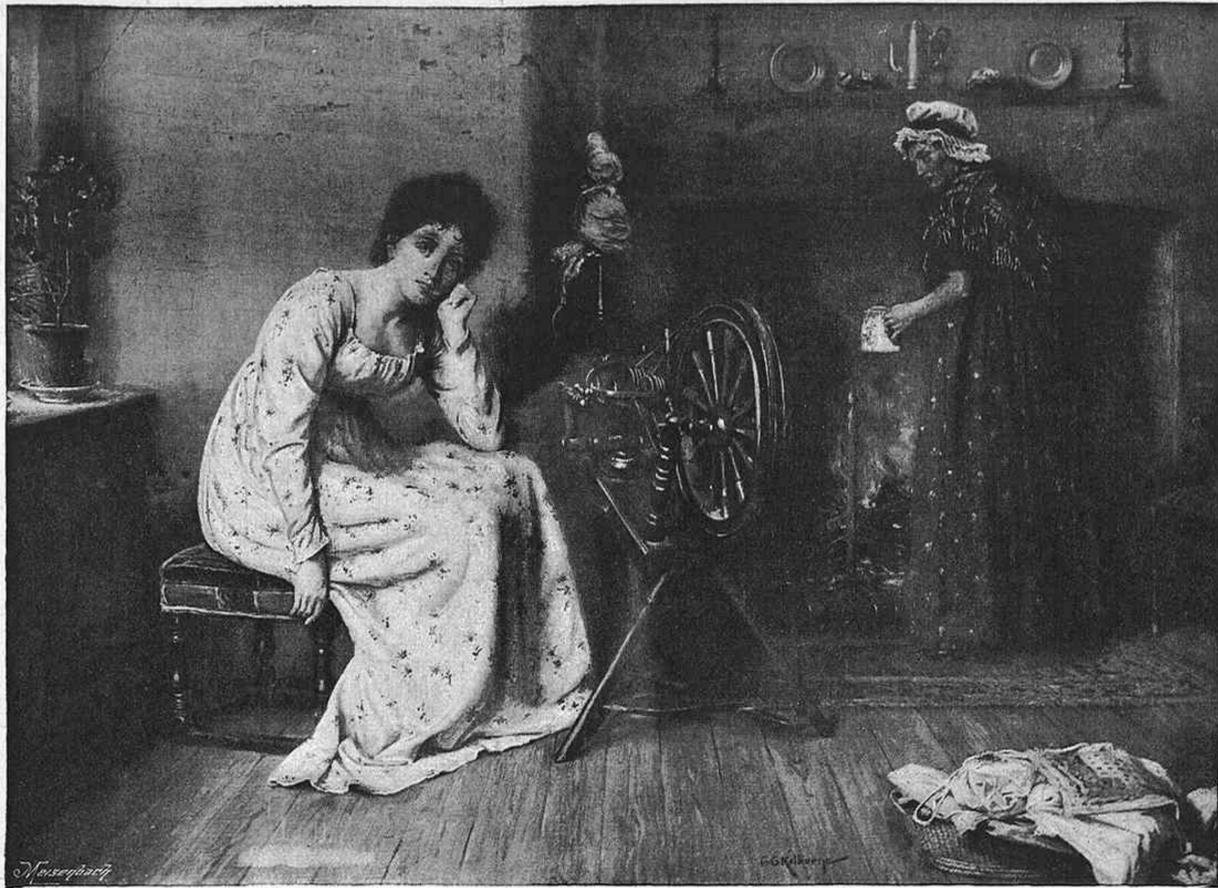
VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS
El mejor y mas célebre polvo de tocador

LIBROS

ENVIADOS Á LA REDACCIÓN
por autores ó editores

RIMAS GALANTES, por *Martin Pou Moreno*. - Colección de bonitas poesías castellanas y mallorquinas. Compuestas en su mayor parte para figurar en álbums ó abanicos, casi todas cantan las bellezas de alguna mujer, revelándose en ellas el señor Pou poeta de sentimiento. Muy apreciables son también las composiciones de otros géneros, que contiene este libro, como *Delirium*, *Dos Galateas*, los pensamientos y las traducciones de Heine y Dante. Véndese á cuatro reales cada ejemplar.

GUÍA ENCICLOPÉDICA DE BARCELONA, por *J. Manau-ta*. - Cuantos datos acerca de Barcelona y su población pueda desear el más exigente, encuéntranse metódica y detalladamente consignados en este libro: las divisiones municipal, eclesiástica y militar, guía de calles y plazas, servicios de carruajes, tranvías, telégrafos, teléfonos, correos y ferrocarriles, descripción de la ciudad y de sus principales edificios y monumentos, guía judicial, establecimientos de beneficencia, mercados, guía por orden alfabético de nombres



EL RECUERDO DEL AUSENTE, cuadro de G. G. Kilburne

y apellidos, de artes, oficios, industrias, etc.; todas estas y otras materias están perfectamente explicadas y descritas en esta obra que ilustran muchos grabados y varios planos, proporcionando así mayor facilidad al consultante. Véndese en la Administración, calle de la Canuda, 39, principal.

PRECEPTOS HIGIÉNICOS que debe observar la mujer durante el embarazo, parto y puerperio, por el *Dr. Vidal Solares*. - Como de este libro nos ocupamos en otra ocasión, únicamente diremos hoy que agotadas las cinco primeras ediciones, su autor acaba de publicar la sexta. Además, conocida como es la competencia del Sr. Vidal Solares en tan importantes materias, no es necesario elogiar un libro que por sí solo se alaba.

PRO PATRIA. - El último número de esta importante revista contiene notables trabajos de R. Lucas Martínez, Pulido, Borao, O'Neill, Figueroa, Degetáu y González y Balaguer, é interesantes revistas de academias y sociedades musicales, teatrales, políticas, científicas y bibliográficas, por Amicsa, Mitjana, Sánchez Pérez, Sinésio, Learner y Amando. Suscríbese en Madrid, Claudio Coello, 19, 2.º

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
y conserva el cutis limpio y sano

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y C^{ia}, Fcos, 102, R. Richelieu, Paris.

PAPEL WLINSI
Sóberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 81, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE HAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Gragéas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINGIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fertilizante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma de AROUD

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN